



Ramón de Campoamor

Fábulas

Índice

Sección literaria

No hay gloria sin pena
Los jóvenes y la ofrenda
Sección política
El reino de los beodos
 Insuficiencia de las leyes
El arquitecto y el andamio
 Instituciones inútiles
El gato y el milano
 Oficios mutuos
El veterano y el pastor
 El falso heroísmo
La col y la rosa
 La igualdad
Guerras civiles
 Pelear por un mismo fin
El gallo y la liebre

La liebre y el gallo
Los aldeanos y el caminante
 Descubrir la hilaza
El mastín y el conejo
 Glorias llovidas
El ladrón y el sargento
 Percances
Tiranías justas
El dogo y los dos lobos
 Un daño destruye otro
El concierto de los animales
 Hacer sonar a tiempo
Leyes fundamentales
Sección religiosa
 Dios es causa de las causas
 La urraca, la rama, el árbol, la tierra y el sol.
Sección moral
 El galgo y el podenco
 Partidas de ruines
 El chico, el mulo y el gato
 La carambola
 El piloto y su aprendiz
 Ganar el flanco a la suerte
 El viejo y el mendigo
 La justicia en un cuento
 La encina y el rosal
 Virtud y orgullo
 El mancebo y los pájaros
 El método
 El muchacho, el podador y el manzano
 La piedad bien entendida
 La vid, el olmo y la hiedra
 Baladronadas
 La mona, el mono y el loro
 Un bobo hace ciento
 Los dos gorriones
 Contras de la mala fe
 El pastor y el insecto
 De pequeñas causas grandes efectos
 El perro y la rana
 Si eres débil, sé prudente.
 El alcornoque y la enredadera
 Amar por las apariencias
 El cuervo y el reptil
 Excusas necias
 La niña halagüeña
 Delirios del amor
 El enfermo y los dos médicos
 Lisonjas viles
 La urraca y la gallina

Acusar delitos propios
El jilguero y el reclamo
No hay mal como un falso amigo
La madre, el hijo y la concurrencia
Nunca una moral nos cuadra
Los dos esposos y el veneno
La curiosidad
El médico y el inválido
De dos males el más visto
El lugareño y el magnate
Efectos de la injusticia
El beodo en el festín
El diablo predicador
Sección filosófica
El pájaro encarcelado
No siempre el bien es fortuna
La abeja, el burro y la rama
Yendo a más, venir a menos
El escultor y los dos troncos
Caprichos del hado
El muchacho y la manzana
Placeres falsos
El pastor y el navío
Deseos locos
El conejo, el gallo y el cerdo
De gustos no hay nada escrito
El poeta y sus lectores
Los lindes del bien y el mal
La madre y el hijo
La inocentada
El joven y el reloj de arena
Liviandad de nuestras glorias
Los cien cuerdos y el bobo
La dicha es un acaso
El padre y sus hijos
La vida y la muerte
El ruiseñor y el ratón
A un gran mal otro mayor
El potro y la yegua
Del tronco sale la rama
El padre, el hijo y el perro
Lecciones amargas
La vuelta del campesino
La muerte todo lo iguala
El placer y el pesar
No hay dicha cumplida
Bienes prometidos
El labrador y la morera
Principio y fin de las cosas
Humoradas

Al señor don Marcelino Menéndez Pelayo

III

- I -

La niña es la mujer que respetamos

- II -

Según creen los amantes

- III -

Al pintarte el amor que por ti siento

- IV -

Te sueles confesar con tu conciencia

- V -

Algún día, a pesar de tus encantos

- VI -

Ser fiel, siempre que quieres, es tu lema

- VII -

Aunque el amor suele morir de hartura

- VIII -

No te ablandes oyendo sus acentos

- IX -

Aunque tú por modestia no lo creas

- X -

Todo en amor es triste

- XI -

Hay quien pasa la vida

- XII -

Te vas a confesar, y el cura dice

- XIII -

Si la codicia de pedir es mucha

- XIV -

El amor es un himno permanente

- XV -

Miré... pero no he visto en parte alguna

- XVI -

Cual todas, tú pretendes, como Elena

- XVII -

Ese ilustre mortal lleno de hastío

- XVIII -

Te vi una sola vez, pero mi mente

- XIX -

Purifica el olor de la opulencia

- XX -

Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido

- XXI -

Es tu historia en mi vida entremezclada

- XXII -

Cuando oigo tus acentos

- XXIII -

Te casaste y... ¿lo ves? Ya te decía

- XXIV -

Si no quieres tu paz ver alterada

- XXV -
¿Por qué amé aquella pórvida? Lo ignoro

- XXVI -
¡Bella estación! Todo a gozar convida

- XXVII -
Al decirte hoy adiós, Hortensia mía

- XXVIII -
La música es el cielo prometido

- XXIX -
Mas que cuestión de suelo

- XXX -
Vive, niña, advertida

- XXXI -
¡Qué formas de belleza soberana

- XXXII -
No puedo ver con ánimo sereno

- XXXIII -
Resígnate a morir, viejo amor mío

- XXXIV -
Es la fea graciosa

- XXXV -
Se matan los humanos

- XXXVI -
Se asombra con muchísima inocencia

- XXXVII -
Como todo es igual, siempre he tenido

- XXXVIII -
¡Belén! para el amor no hay imposibles

- XXXIX -
Te morías por él, pero es lo cierto

- XL -
La desgracia es precisa

- XLI -
Ya no leo ni escribo más historia

- XLII -
No insultes el pudor en mi presencia

- XLIII -
Bien merezco, Mariana, la fortuna

- XLIV -
A todo ser creado

- XLV -
Procura hacer, para apoyar la frente

- XLVI -
Sé firme en esperar, que de este modo

- XLVII -
El amor a los niños y a las flores

- XLVIII -
Al campo voy como a mi hogar primero

- XLIX -
Le eres fiel, mas ya cuenta cierta historia

- L -
¡Necio soy! Con inútiles medidas

- LI -
Poniéndose y quitándose alfileres

- LII -
Los mortales son siempre los mortales

- LIII -
Se jura amar una existencia entera

- LIV -
¡Igualdad y miseria! Como todo

- LV -
Egoísta y falaz, siempre he creído

- LVI -
Conocerás, lector, por tu conciencia

- LVII -
Deja que mi ternura

- LVIII -
¿Qué es de tu amor? -No sé. Le di mi mano

- LIX -
Se oye a los seres que nos son queridos

- LX -
Háblame más... y más... que tus acentos

- LXI -
La amé el año pasado

- LXII -
Aunque te admiro tanto

- LXIII -
En lo ideal mecida

- LXIV -
Sé que al morir para alcanzar la gloria

- LXV -
Alegría y tristeza

- LXVI -
Hay quien es, aunque alegre y casquivana

- LXVII -
Ten siempre con un manto

- LXVIII -
Conforme el hombre avanza

- LXIX -
Ya sé, ya sé, que con formal empeño

- LXX -
Renovando mis tiernas emociones

- LXXI -
Como oye hablar del hecho hasta el abuso

- LXXII -
Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo

- LXXIII -
Al dar este abanico aire al semblante

- LXXIV -
Jamás mujer alguna

- LXXV -
Recibe, hermosa Gloria

- LXXVI -
¿Qué placer hay tras el amor primero?

- LXXVII -
Busca en todo rivales tu mirada

- LXXVIII -
La amo poco, es verdad. Mi alma rendida

- LXXIX -
El amor que más quiere

- LXXX -
La conciencia, al final de nuestra vida

- LXXXI -
Deja que miren mi vejez cansada

- LXXXII -
Aunque es la infiel más pecadora que Eva

- LXXXIII -
Las almas muy sinceras

- LXXXIV -
Ayer le enajenabas con tu acento

- LXXXV -
La gloria vale poco ante la historia

- LXXXVI -
Le dieron una flor, y ahora nos cuenta

- LXXXVII -
Me suelo preguntar de dudas lleno

- LXXXVIII -
Sabiendo mi virtud ¿por qué te extraña

- LXXXIX -
En cuanto a castidad todo la espanta

- XC -
Teme a las ilusiones

- XCI -
¡Sufre! ¡Sufre! ¡Traidora que abomino!

- XCII -
Las Gracias fueron tres sin duda alguna

- XCIII -
Tiene este abanico el don

- XCIV -
Una sola mirada, si no es pura

- XCV -
Mártir en lo pasado, ya inclemente

- XCVI -
¡Falsa! Al hablarme, una ilación extraña

- XCVII -
¡Ay! Como el cielo te ha dado

- XCVIII -
Tal vez hallar consiga

- XCIX -
He amado a esa mujer de tal manera

- C -
¡Qué bien has aprendido en tu provecho

- CI -
¿Es sueño, o realidad, lo que he vivido?

- CII -
Siempre es para vosotras peligroso

- CIII -
Yo suelo con tu nombre, niña hermosa

- CIV -
Tus ojos, con que el alma nos sondeas

- CV -
En novelas de amor el sentimiento

- CVI -
No le gusta el placer sin violencia

- CVII -
Tan grande es tu virtud que estoy seguro

- CVIII -
Aspiré a verte un día

- CIX -
Feliz si en tu semblante aun ve tu esposo

- CX -
¿Por qué se olvidaría la escritura

- CXI -
Al darme la postrera despedida

- CXII -
¡Es un sueño de amor su triste historia!

- CXIII -
Lleva el bien del palacio a la cabaña

- CXIV -
Hay seres con el alma más pesada

- CXV -
Te sobra corazón, y, siempre amante

- CXVI -
Dejando al tiempo que ande

- CXVII -
No hay mujer que no sea

- CXVIII -
Merced a tus encantos sobrehumanos

- CXIX -
Odiando el matrimonio

- CXX -
Cuanta es mayor por ti mi idolatría

- CXXI -
Quise un día pintarte en mi embeleso

- CXXII -
Con tal que yo lo crea

- CXXIII -
No llores y hazte cargo

- CXXIV -
¡Dichoso ser! ¡Muere con el consuelo

- CXXV -
¿Pues no quiere que crea

- CXXVI -
Ahora que a hablar de su virtud comienza

- CXXVII -
Nos da la Iglesia el inmortal consuelo

- CXXVIII -
Convirtiendo en virtud la hipocresía

- CXXIX -
Mientras de unirme a ti se acerca el día

- CXXX -
La que ama un ideal, y sube... y sube...

- CXXXI -
Pues que tanto te admira

- CXXXII -
Para él la simetría es la belleza

- CXXXIII -
Odia esa ciencia material que enseña

- CXXXIV -
No olvides que a Dios plugo

- CXXXV -
Es ni fe tan cumplida

- CXXXVI -
El corazón hacia los veinte abriles

- CXXXVII -
Odio a esa infiel; mas durarán mis sañas

- CXXXVIII -
Nunca tendrán utilidad alguna

- CXXXIX -
Como te amaba tanto

- CXL -
Una vieja muy fea, me decía

- CXLI -
Yo creo al contemplarte tan hermosa

- CXLII -
Toda cosa es nacida

- CXLIII -
Como los quieras complacer a tantos

- CXLIV -
¡Cuántas horas felices y tranquilas

- CXLV -
Mientras ya me dan pena

- CXLVI -
¡Feliz, quien como un canto del camino

- CXLVII -
Eres, Julia, tan bella, que estoy cierto

- CXLVIII -
Toda mujer, en el amor postrero

- CXLIX -
Esa fue tan coqueta, tan coqueta

- CL -
No hay experiencia ni saber que impida

- CLI -
Cual la hormiga, juntamos el dinero

- CLII -
De la mujer, cual tú, que nada espera

- CLIII -
Si en amar soy prudente

- CLIV -
Es buena, pues se duerme como un leño

- CLV -
Fue causa de mis muchos desencantos

- CLVI -
¡Quién de su pecho desterrar pudiera

- CLVII -
Tu amor ardiente y tierno

- CLVIII -
Sólo la edad me explica con certeza

- CLIX -
Prohíbeles tu amor con tus desdenes

- CLX -
¡Pensando en los adioses de aquel día

- CLXI -
Que no pidas, Manuela, te suplico

- CLXII -
Vas cambiando de amor todos los años

- CLXIII -
Si a comprender aspiras

- CLXIV -
Pinchando a sus rivales

- CLXV -
Nunca me hallo sin fausto ni dinero

- CLXVI -
Esa mujer tan bella

- CLXVII -
El pobre está seguro que su perro

- CLXVIII -
Aún tengo confianza

- CLXIX -
Contra esa infiel que con rubor se aleja

- CLXX -
Voy sembrando esperanzas por los vientos

- CLXXI -
Si aunque tierna y vivaz aun eres pura

- CLXXII -
Cuando halla algún buen mozo que le agrada

- CLXXIII -
Yo sé quien, de una dicha que no alcanza

- CLXXIV -
Pocas veces te vi, pero no olvido

- CLXXV -
Por no ser natural hace, cuando ama

- CLXXVI -
Cual tú, Mendes Leal, busqué afanado

- CLXXVII -
Al mostrar a esta niña encantadora

- CLXXVIII -
Si te casas, Inés, ten por seguro

- CLXXIX -
Ya, al pretender ser tierno

- CLXXX -
La cuna y el altar son dos moradas

- CLXXXI -
De esa antigua coqueta la hermosura

- CLXXXII -
A todo va la inmensidad unida

- CLXXXIII -
A ti, ducha en amor, ya te da risa

- CLXXXIV -
¡Oh, Isabel! ¡Cuántas veces a hurtadillas

- CLXXXV -
Tanto aumenta la gloria su estatura

- CLXXXVI -
Aunque ve que la engañan con frecuencia

- CLXXXVII -
El que sufre, lo mismo que el que adora

- CLXXXVIII -
Desde que te ha sufrido

- CLXXXIX -
No rechaces tus sueños, hija mía

- CXC -
En su primera confesión a Pura

- CXCI -
- CXCII -
Para una incluso

- CXCIII -
Siempre vuela mi mente

- CXCIV -
¿Quién puede ser dichoso ni en la gloria

- CXCV -
Las niñas más juiciosas y más puras

- CXCVI -
Te advierto, ángel caído

- CXCVII -
¿Me quieres? le pregunta, y ya la esposa

- CXCVIII -
Cayó; y al mes siguiente

- CXCIX -
Aunque huir de ella intento

- CC -

Agita tu abanico muy aprisa
- CCI -
No pretendas mi cantar
- CCII -
¡Es la esencia mejor de la belleza
- CCIII -
Canta el aire, en sus trovas misteriosas
- CCIV -
Sé padre, que era un topo
- CCV -
Por ser tan instruida
- CCVI -
Ama con furia y odia con tal ira
- CCVII -
A esa ética feliz, la va matando
- CVIII -
¡Oh! ¡Qué cosas tan tiernas te diría
- CCIX -
Espero con gran fe, Pepita bella
- CCX -
En cuanto al bien y al mal nada hay lejano
- CCXI -
No escribo versos aquí
- CCXII -
Sensible, débil, religiosa y vana
- CCXIII -
Cierra el joyero, Inés, ponte una rosa
- CCXIV -
Al decirte hoy adiós, Hortensia mía
- CCXV -
En materia de flores y de amores
- CCXVI -
Teme más al ardor de sus sentidos
- CXVII -
La vida es un bostezo continuado
- CCXVIII -
Yo sé quien, de una dicha que no alcanza
- CCXIX -
Su gracia de ángel pasará a la historia
- CCXX -
A mis ruegos el céfiro sonoro
- CCXXI -
Tu comercio de amor naturalista
- CCXXII -
¡Ay! ¡Como el cielo te ha dado
- CCXXIII -
Cuánta diablura te diría, cuánta
- CCXXIV -
Me atrae tanto el cielo
- CCXXV -

Por burlarse tal vez de lo que es santo
- CCXXVI -
En guerra y en amor es lo primero
- CCXXVII -
Te vi una sola vez, pero mi mente
- CCXXVIII -
Al verte aborrecida
- CCXXIX -
De una mujer como Virginia, honrada
- CCXXX -
Imita a aquella nueva Galatea
- CCXXXI -
Los padres son tan buenos
- CCXXXII -
La mujer cuando olvida es que aun aprecia
- CCXXXIII -
Nuestra alma ve de admiración suspensa
- CCXXXIV -
Tan grande fue, que ante él todo es pequeño
- CCXXXV -
No temas de mi amor nada imprudente
- CCXXXVI -
Si como el héroe de la Mancha, antaño
- CCXXXVII -
Se casó ayer, y hoy ya por cualquier cosa
- CCXXXVIII -
Es tan casta, que ignora de seguro
- CCXXXIX -
Después que nos han hecho
- CCXL -
En mí, cada mirada que me lanzas
- CCXLI -
Los terremotos
- CCXLII -
Colma nuestros deseos
- CCXLIII -
Aunque el hombre se aterra
- CCXLIV -
Conmueve de placer nuestras entrañas
- CCXLV -
-¿Qué haremos, cuando el cielo
- CCXLVI -
Debe el bueno sentir que tiembla el suelo
- CCXLVII -
¡Nadie sabe, mortales
- CCXLVIII -
Cuando se abre la tierra estremecida
- CCXLIX -
¿Oyes, Concha, los céfiros alados

Índice alfabético

A esa ética feliz, la va matando
Agita tu abanico muy aprisa
Ahora que a hablar de su virtud comienza
Al campo voy como a mi hogar primero
Al dar este abanico aire al semblante
Al darme la postrera despedida
Al decirte hoy adiós, Hortensia mía
Al decirte hoy adiós, Hortensia mía
Al descender al mundo
Alegría y tristeza
Algún día, a pesar de tus encantos
Al lado de una iglesia un olmo había
Al mostrar a esta niña encantadora
Al pintarte el amor que por ti siento
Al verte aborrecida
Ama con furia y odia con tal ira
A mis ruegos el céfiro sonoro
Aspiré a verte un día
A ti, ducha en amor, ya te da risa
A todo ser creado
A todo va la inmensidad unida
A un manzano podaba un hortelano
Aunque el amor suele morir de hartura
Aunque el hombre se aterra
Aunque es la infiel más pecadora que Eva
Aunque huir de ella intento
Aunque te admiro tanto
Aunque tú por modestia no lo creas
Aunque ve que la engañan con frecuencia
Aún tengo confianza
¡Ay! ¡Como el cielo te ha dado
¡Ay! Como el cielo te ha dado
Ayer le enajenabas con tu acento
-¡Ay! -un dogo inocente
¡Belén! para el amor no hay imposibles
¡Bella estación! Todo a gozar convida
Bien merezco, Mariana, la fortuna
Bramaba el viento, agitado
Busca en todo rivales tu mirada
-Calla, maldita rana
Canta el aire, en sus trovas misteriosas
Cantando Gil, vio de un insecto el nido
Cayó; y al mes siguiente
Cierra el joyero, Inés, ponte una rosa
Cierto escultor un día
Clamó un ratón sin consuelo
Colma nuestros deseos

Como los quieras complacer a tantos
Como oye hablar del hecho hasta el abuso
Como te amaba tanto
Como todo es igual, siempre he tenido
Con ánimos sencillos
Conforme el hombre avanza
Con la faz más espantosa
Conmueve de placer nuestras entrañas
Conocerás, lector, por tu conciencia
Con tal que yo lo crea
Contra esa infiel que con rubor se aleja
Convirtiendo en virtud la hipocresía
Cual la hormiga, juntamos el dinero
Cual todas, tú pretendes, como Elena
Cual tú, Mendes Leal, busqué afanado
Cuando halla algún buen mozo que le agrada
Cuando oigo tus acentos
Cuando se abre la tierra estremecida
Cuánta diablura te diría, cuánta
Cuanta es mayor por ti mi idolatría
¡Cuántas horas felices y tranquilas
Debe el bueno sentir que tiembla el suelo
De esa antigua coqueta la hermosura
Dejando al tiempo que ande
Deja que miren mi vejez cansada
Deja que mi ternura
De la mujer, cual tú, que nada espera
Del mar en la ribera
(De los reyes con perdón)
De pájaros un bando
-¿De qué modo tan vario
Desde que te ha sufrido
Desplumaba a una tórtola un milano
Después que nos han hecho
De una mujer como Virginia, honrada
¡Dichoso ser! ¡Muere con el consuelo
Dijo un gallo a una liebre: -¡Huye, cobarde!
Egoísta y falaz, siempre he creído
El amor a los niños y a las flores
El amor es un himno permanente
El amor que más quiere
El corazón hacia los veinte abriles
El mundo al empezar, si bien me fundo
El pobre está seguro que su perro
El que sufre, lo mismo que el que adora
En continua querrela
En cuanto a castidad todo la espanta
En cuanto al bien y al mal nada hay lejano
En guerra y en amor es lo primero
En lo ideal mecida

En materia de flores y de amores
En mí, cada mirada que me lanzas
En novelas de amor el sentimiento
En su primera confesión a Pura
En una jaula un ave
En un vergel ameno
Era una yegua pía
Era un reino infeliz en donde altivo
Eres, Julia, tan bella, que estoy cierto
Esa fue tan coqueta, tan coqueta
Esa mujer tan bella
Es buena, pues se duerme como un leño
Ese ilustre mortal lleno de hastío
¡Es la esencia mejor de la belleza
Es la fea graciosa
Es ni fe tan cumplida
Espero con gran fe, Pepita bella
¿Es sueño, o realidad, lo que he vivido?
Es tan casta, que ignora de seguro
Es tu historia en mi vida entremezclada
¡Es un sueño de amor su triste historia!
¡Falsa! Al hablarme, una ilación extraña
Fastidiaba a una noble concurrencia
¡Feliz, quien como un canto del camino
Feliz si en tu semblante aun ve tu esposo
Fue causa de mis muchos desencantos
Gritó la liebre al gallo: -¡Anda, medroso!
Háblame más... y más... que tus acentos
Hacia el nido de un cuervo
Halló al volver con otros a su tierra
Hay quien es, aunque alegre y casquivana
Hay quien pasa la vida
Hay seres con el alma más pesada
He amado a esa mujer de tal manera
¡Igualdad y miseria! Como todo
Imita a aquella nueva Galatea
Jamás mujer alguna
Juan plantó una morera
Juntos con su padre estando
La abeja, de una rama de romero
La amé el año pasado
La amo poco, es verdad. Mi alma rendida
La conciencia, al final de nuestra vida
La cuna y el altar son dos moradas
La desgracia es precisa
La gloria vale poco ante la historia
La mujer cuando olvida es que aun aprecia
La música es el cielo prometido
La niña es la mujer que respetamos
La que ama un ideal, y sube... y sube...

Las almas muy sinceras
Las Gracias fueron tres sin duda alguna
Las niñas más juiciosas y más puras
La vida es un bostezo continuado
Le dieron una flor, y ahora nos cuenta
Le eres fiel, mas ya cuenta cierta historia
Llégame el comedero
Lleva el bien del palacio a la cabaña
Los mortales son siempre los mortales
Los padres son tan buenos
Los que vuestro amoroso pensamiento
Mártir en lo pasado, ya inclemente
Mas que cuestión de suelo
-Más tenaz cada día
Me atrae tanto el cielo
¿Me quieres? le pregunta, y ya la esposa
Merced a tus encantos sobrehumanos
Me suelo preguntar de dudas lleno
-¡Mezquina es tu existencia
Mientras de unirme a ti se acerca el día
Mientras ya me dan pena
Miré... pero no he visto en parte alguna
Nació una enredadera
¡Nadie sabe, mortales
¡Necio soy! Con inútiles medidas
No escribo versos aquí
No hay experiencia ni saber que impida
No hay mujer que no sea
No insultes el pudor en mi presencia
No le gusta el placer sin violencia
No llores y hazte cargo
No olvides que a Dios plugo
No pretendas mi cantar
No puedo ver con ánimo sereno
No rechaces tus sueños, hija mía
Nos da la Iglesia el inmortal consuelo
No te ablandes oyendo sus acentos
No temas de mi amor nada imprudente
Nuestra alma ve de admiración suspensa
Nunca me hallo sin fausto ni dinero
Nunca tendrán utilidad alguna
Odia esa ciencia material que enseña
Odiando el matrimonio
Odio a esa infiel; mas durarán mis sañas
¡Oh, Isabel! ¡Cuántas veces a hurtadillas
¡Oh! ¡Qué cosas tan tiernas te diría
¿Oyes, Concha, los céfiros alados
Para él la simetría es la belleza
Para matar ratones
¿Para qué llevas a ese mono? ¡estúpido!

Pasando por un pueblo un maragato
¡Pensando en los adioses de aquel día
Persiguiendo un conejo de gran traza
Pinchando a sus rivales
Pocas veces te vi, pero no olvido
Poniéndose y quitándose alfileres
Por burlarse tal vez de lo que es santo
Por la margen de un río iba un conejo
Por no ser natural hace, cuando ama
¿Por qué amé aquella pófida? Lo ignoro
¿Por qué se olvidaría la escritura
Por ser tan instruida
Por un gallo lo digo
Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo
Procura hacer, para apoyar la frente
Prohíbeles tu amor con tus desdenes
¿Pues no quiere que crea
Pues que tanto te admira
Purifica el olor de la opulencia
¡Qué bien has aprendido en tu provecho
-¡Qué escándalo! -en tono fiero
¿Qué es de tu amor? -No sé. Le di mi mano
¡Qué formas de belleza soberana
-¿Qué haremos, cuando el cielo
Que no pidas, Manuela, te suplico
¿Qué placer hay tras el amor primero?
¡Quién de su pecho desterrar pudiera
¿Quién puede ser dichoso ni en la gloria
Quise un día pintarte en mi embeleso
Quitó el andamio Simón
Recibe, hermosa Gloria
Renovando mis tiernas emociones
Resígnate a morir, viejo amor mío
Rodeado el tío Blas de gente
Sabiendo mi virtud ¿por qué te extraña
Se asombra con muchísima inocencia
Se casó ayer, y hoy ya por cualquier cosa
Sé firme en esperar, que de este modo
Según creen los amantes
Se jura amar una existencia entera
Se matan los humanos
Sensible, débil, religiosa y vana
Se oye a los seres que nos son queridos
Sé padre, que era un topo
Sé que al morir para alcanzar la gloria
Ser fiel, siempre que quieres, es tu lema
Si a comprender aspiras
Si, al pasar el umbral de la existencia
Si aunque tierna y vivaz aun eres pura
Si como el héroe de la Mancha, antaño

Siempre es para vosotras peligroso
Siempre vuela mi mente
Si en amar soy prudente
Si escucháis esos míseros lamentos
Si esperamos en Dios con alma honrada
Si la codicia de pedir es mucha
Si mal no lo recuerdo
Si no quieres tu paz ver alterada
Si te casas, Inés, ten por seguro
Sólo la edad me explica con certeza
¡Sufre! ¡Sufre! ¡Traidora que abomino!
Su gracia de ángel pasará a la historia
Supuesto que respira
Tal vez hallar consiga
Tan grande es tu virtud que estoy seguro
Tan grande fue, que ante él todo es pequeño
Tanto aumenta la gloria su estatura
Te advierto, ángel caído
Te casaste y... ¿lo ves? Ya te decía
Teme a las ilusiones
Teme más al ardor de sus sentidos
Te morías por él, pero es lo cierto
Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido
Ten siempre con un manto
Te sobra corazón, y, siempre amante
Te sueles confesar con tu conciencia
Te vas a confesar, y el cura dice
Te vi una sola vez, pero mi mente
Te vi una sola vez, pero mi mente
Tiene este abanico el don
Tiró Andrés una piedra a una manzana
Toda cosa es nacida
Toda mujer, en el amor postrero
Todo en amor es triste
Tu amor ardiente y tierno
Tu comercio de amor naturalista
Tus ojos, con que el alma nos sondeas
Tuvo un reino una vez tantos beodos
-¡Ubbb!! -en inocente fiesta
Una col en un cercado
Una sola mirada, si no es pura
Una vieja muy fea, me decía
Un beodo en una orgía
Un inválido a un médico decía
Un señor de calidad
Vas cambiando de amor todos los años
Viendo a unos aldeanos
Viendo un reloj de arena
Vio Gil de un árbol caer
Vive, niña, advertida

Volviendo hacia su tierra
Voy sembrando esperanzas por los vientos
Ya, al pretender ser tierno
Ya no leo ni escribo más historia
Ya sé, ya sé, que con formal empeño
Yo creo al contemplarte tan hermosa
Yo sé quien, de una dicha que no alcanza
Yo sé quien, de una dicha que no alcanza
Yo suelo con tu nombre, niña hermosa

Sección literaria

No hay gloria sin pena

Los jóvenes y la ofrenda

En un vergel ameno
mil jóvenes sin freno
discurren distraídos,
aquí y allí perdidos.
Uno a otro, de un arranque,⁵
zambulle en un estanque;
y el otro a su vecino
le acuesta en un espino.
Para ellos esculturas
son hórridas figuras;¹⁰
y así, cual en retablo,
copiando los del diablo,
las pintan sutilmente
un no sé qué en la frente.
Ya sin panza de un taco¹⁵
me dejan al dios Baco;
y ya a Venus la bella,
tan sin pudor como ella,
por más que se agazapa
haciendo que se tapa,²⁰
la hacen que como un charro
fumando esté un cigarro.
Uno al fin sobre Apolo,
travieso como él solo,
mostrando una corona,²⁵
esto a todos pregona:
-Aunque envidias provoque, [156]
del que el extremo toque
de ese ciprés que ondea,
premio esta ofrenda sea.³⁰
-¡Arriba! -gritan todos,
corriendo de mil modos:

y en trances infelices,
los ojos y narices,
ya ven de día estrellas,35
ya acaso barren huellas,
ya el alto viene abajo
asido del zancajo,
o ya el más bajo al otro
le monta como a un potro:40
hasta que uno elevado,
que más que otros, lo osado
con lo dichoso junta,
toco al ciprés la punta,
al fuego que le inflama,45
y ¡chasc!... rota la rama,
cayó rápidamente,
haciéndose en la frente,
amén de algún rasguño,
un chichón como un puño.50
Cercáronle con prisa
unos fingiendo risa,
y otros mostrando pena
por la ventura ajena;
y vendando sus sienas,55
tras de mil parabienes,
por cima de la venda
ciñéronle la ofrenda.

Dos coronas contemplo
que ha de ceñir el sabio60
para alcanzar victoria,
si de la gloria al templo,
despreciando su agravio,
aspira en su delirio:
antes la del MARTIRIO,65
después la de la GLORIA.

Sección política

Fábula I

El reino de los beodos

Insuficiencia de las leyes

Tuvo un reino una vez
tantos beodos,
que se puede decir que lo eran todos,

en el cual por ley justa se previno:
 -Ninguno cate el vino.-
 Con júbilo el más loco⁵
 aplaudiese la ley, por costar poco:
 acatarla después, ya es otro paso;
 pero en fin, es el caso
 que la dieron un sesgo muy distinto,
 creyendo que vedaba sólo el tinto,¹⁰
 y del modo más franco
 se achisparon después con vino blanco.
 Extrañando que el pueblo no la entienda,
 el Senado a la ley pone una enmienda,
 y a aquello de: Ninguno cate el vino,¹⁵
 añadió, blanco, al parecer, con tino.
 Respetando la enmienda el populacho,
 volvió con vino tinto a estar borracho,
 creyendo por instinto ¡mas qué instinto!
 que el privado en tal caso no era el tinto.²⁰
 Corrido ya el Senado,
 en la segunda enmienda, de contado,
 -Ninguno cate el vino,
 sea blanco, sea tinto, -les previno;
 y el pueblo, por salir del nuevo atranco,²⁵
 con vino tinto entonces mezcló el blanco;
 hallando otra evasión de esta manera,
 pues ni blanco ni tinto entonces era.
 Tercera vez burlado,
 -No es eso, no señor, -dijo el Senado³⁰
 -o el pueblo es muy zoquete, o muy ladino:
 se prohíbe mezclar vino con vino.-
 Mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragua!
 ¿Creeréis que luego lo mezclo con agua?
 Dejando entonces el Senado el puesto,³⁵
 de este modo al cesar dio un manifiesto:
 La ley es red, en la que siempre se halla
 descompuesta una malla,
 por donde el ruin que en su razón no fía,
 se evade suspicaz... ¡Qué bien decía!⁴⁰
 Y en lo demás, colijo
 que debiera decir, si no lo dijo:
 Jamás la ley enfrena
 al que de su infamia su malicia iguala:
 si se ha de obedecer, la mala es buena;⁴⁵
 mas si se ha de eludir, la buena es mala.

Fábula II

El arquitecto y el andamio

Instituciones inútiles

Quitó el andamio Simón
después que una casa hubo hecho,
y el andamio con despecho
exclamó: -¡Qué ingrata acción!-

A tan necia exclamación⁵
dijo Simón muy formal:
-Quitarte antes, animal,
fuera imprudencia no escasa;
mas después de hecha la casa,
¿hay cosa mas natural?-¹⁰

Fábula III

El gato y el milano

Oficios mutuos

Desplumaba a una
tórtola un milano,
y un gato que gruñendo lo veía
el hocico lamiéndose, aunque en vano,
-¡Ah, verdugo! -furioso le decía.
-Y tú ¿qué eres? -el ave le contesta.⁵
Calló el gato, ocultando su deseo;
y echándole las garras por respuesta,
-¿Qué he de ser, contestó, siendo tú el reo?-
Dotado siempre está de ansia inhumana
cuanto arrojar al mundo a Dios le plugo¹⁰
verdugos de hoy, reos serán mañana,
pues el reo de ayer es hoy verdugo.

Fábula IV

El veterano y el pastor

El falso heroísmo

Volviendo hacia su
tierra
un pobre veterano de la guerra,
donde en trances sacó nada felices
un pie de palo y varias cicatrices,
a un pastor que encontró por carambola,⁵
le dijo en tono adusto:

-¿Cómo entre tanto arbusto
 se ve con hojas esta encina sola?-
 El pastor contesto: -Salió de madre
 aquel cercano río,10
 y estos arbustos deshojando impío,
 perdonó solo a esa gigante encina,
 que llaman desde entonces la heroína.-
 -Pues mire usted, compadre,-
 replicó el veterano,15
 es más digna de encomio la desgracia
 de tanto arbusto enano
 que la gloria de ese árbol eminente;
 porque no tiene gracia
 que no la hollase el bramador torrente,20
 cuando tan alta levantó la frente.
 Soy Juan Fernández, para quien sin duda
 la trompa de la fama ha sido muda;
 pues sepa usted que al redactar mi jefe
 (que por Dios que era un grande mequetrefe)25
 las siguientes palabras:
 voy a asaltar el muro;
 en verdad le aseguro,
 como es usted lacayo de esas cabras,
 que sólo en lance tal sufrió la mecha30[158]
 el pobre Juan Fernández en la brecha.
 ¿Y qué sacó? esta pierna de rebaja.
 ¿Y el jefe? nada menos que la faja.
 Y así porque esta encina
 desde hoy no vuelva, con su orgullo necio,35
 de tanto pobre arbusto con desprecio
 a honrarse con el nombre de heroína,
 o voto a Dios le rompo la cabeza,
 o me entalla usted esto en su corteza:
 Porque nació más alta, es más felice:40
 y porque es más felice, es la HEROÍNA.
 ¡Cuántos héroes habrá como esta encina!
 Juan Fernández lo dice.

Fábula V

La col y la rosa

La igualdad

Una col en un cercado

probaba a una rosa bella
 que era tan buena como ella,
 y aun de una tierra mejor.
 -Mas aunque de cuna iguales,5
 dijo un pepino, ¡mastuerza!
 ¿dejarás tú de ser berza,

mientras que ella es una flor?-

Fábula VI

Guerras civiles

Pelear por un mismo fin

Era un reino infeliz en

donde altivo
un partido, de olivo un dios quería;
y otro partido que en el reino había,
pidió el dios de aceituno, en vez de olivo.
Clamando guerra, en su furor activo⁵
al golpe asolador del hacha impía
fue tumba universal la monarquía;
de un yermo la nación fue ejemplo vivo.

Hecho el dios de aceituno a sus antojos,
un partido, en sus glorias, importuno,¹⁰
lo encumbró sobre míseros despojos:
hasta que, el dios mirando de aceituno,
vieron por fin con desolados ojos
que aceituno y olivo era todo uno.

Fábulas VII y VIII

Salvar el honor con frases

I

El gallo y la liebre

Dijo un gallo a una

liebre: -¡Huye, cobarde!
-¿Cobarde yo? -la liebre respondía;
pero atisbando a un galgo nada tarde
hasta más no poder, cobarde huía.-
-Espera, dijo el gallo, un Dios te guarde.⁵
¿No llamas a eso huir, señora mía? -
Y antes que el galgo la acercase el morro,
la liebre contestó: -No huyo, que corro.-

II

La liebre y el gallo

Gritó la liebre al gallo: -¡Anda, medroso!
Como el Cid, -dijo el dueño del serrallo;
mas viendo no muy lejos a un raposo,
hizo una acción que por medrosa callo.
-Ten, la liebre exclamó, gran Cid, reposo.⁵
-Pues ¿acaso esto es miedo? -siguió el gallo.
Y al ver que se subía a un parapeto:
-No, le dijo la liebre, eso es respeto.-

Fábula IX

Los aldeanos y el caminante

Descubrir la hilaza

Viendo a unos

aldeanos
que injertaban en robles los manzanos:
-¿A qué son tan ridículas mixturas,
les dijo un caminante,
-pudiendo a cada instante⁵
comer bellotas, o manzanas puras?
¿No echáis de ver que nacerán, idiotas,
si vuestras esperanzas no son vanas,
ya bellotas que sepan a manzanas,
ya manzanas con dejos de bellotas?-¹⁰

Aunque en roble villano
injertéis, gran señor, algún manzano,
pese a tanta locura,
al ver sus frutos con un deajo doble,
se ha de saber que tiene vuestra hechura¹⁵
de manzano la sien, y el pie de roble.

Fábula X

El mastín y el conejo

Glorias llovidas

Por la margen de un río

iba un conejo
huyendo de un mastín con planta esquivada,
y al verle caer al agua sin consejo:
-¡Ya le maté! -dijo con voz altiva.
Formado de conejos un consejo;⁵
-¡Viva el héroe conejo! exclama: ¡viva!-

¡Oh, cuántos deben, con llovidas glorias,
a un azar del contrario sus victorias! [159]

Fábula XI

El ladrón y el sargento

Percances

(De los reyes con perdón)

oculto en cuanto robaba,
en un árbol se sentaba

el oso de alazán;
pues para seres como este oso indómito
no hay más que palo y pan.⁴⁰
¡A los necios baldón; gloria a los útiles!
esto manda la ley.
Agur, señor lebrel: vos, oso bárbaro,
seguid, y ¡viva el rey!-

Yo no sé si arengó como un estólido⁴⁵
el patriota animal;
pero responda el respetable público:
¿habló el dueño tan mal?...

Fábula XIII

El dogo y los dos lobos

Un daño destruye otro

-¡Ay! -un dogo

inocente
exclama triste en el confuso idioma
que los perros entienden solamente.
-No me coma, don Lobo, no me coma,
porque nunca a su raza la he debido⁵
ni siquiera un ladrido;
y es más digno de garras tan atroces
cebarse en animales más feroces.-
El lobo ya sobre él, no oye sus quejas,
(como quejas al fin de un infelice),¹⁰
y meneando la cola y las orejas,
parece que le dice:
-Muere, pícaro, aquí, mal que te cuadre;
que aunque sé que a mi raza no has ladrado,
recuerdo sin embargo haber pasado¹⁵
por donde en tono vil ladró tu padre.
-Pues mi padre hizo mal, -clamó expirante;
y ya iba el lobo a devorarle fiero,
cuando en el mismo instante
apareció otro lobo carnicero,²⁰
que mirando hacia allí con vista impía,
pudiérase decir que le decía:
-No le toques al pelo;
que con él quiero, por vengar mi afrenta,
solventar una cuenta²⁵
que me quedó a deber su infame abuelo.
-¡Infame abuelo! sí, -pienso que dijo
el dogo en tanto aprieto:
-¿Y he de sufrir la muerte,
no sólo por ser hijo,³⁰
mas también por ser nieto?

¡Oh! ley, más que inhumana, del más fuerte!-
Encarados el lobo con el lobo,
 el segundo al primero:
 -Suelta, le dijo, bobo;35[160]
verás cómo en tan bajo marrullero
vengo tu agravio con rencor profundo.
 -Mil gracias, le contesta
 el primero al segundo:
 -yo solo en este impío40
 vengaré el honor mío.
 Y sin otra respuesta:
-Es muy justo a mi ver, de nuevo dijo,
que el galardón de un padre herede un hijo.
 -Pues alto ahí, compadre-,45
el segundo prorrumpe en son de queja.
 -Si así hilas la madeja,
 es de mi contingente,
pues me ha ultrajado el padre de su padre.
 -Mi ofensa es más reciente.50
 -La mía más añeja.
-Pues no le matarás. -Ni tú tampoco.
 Y con intento loco
se enzarzaron, embate tras embate,
en tan igual como feroz combate;55
mientras que el triste dogo, muerto el perro,
se agacha humilde en tan atroz fracaso,
sufriendo las pisadas que por yerro
le desuellan la piel, sin ser del caso:
hasta que viendo la refriega entrada,60
 como quien no hace nada,
sin decir tus ni mus, huyendo el diente,
taimado se escurrió bonitamente.

 ¡Cuántas veces por ruines,
 con encontrados fines,65
 traban lid importuna
 dos enemigos fuertes,
 y no les dan ninguna,
por querer con afán darles dos muertes!

Fábula XIV

El concierto de los animales

Hacer sonar a tiempo

Supuesto

que respira,
se hace oír bien o mal cualquier garganta;
 y en esto no hay mentira,
pues mal o bien, el que respira, canta.

Hablen, si no, mil animales dichos⁵
que dieron un concierto como muchos.

Y es fama que el sentido
no acompaña a los órganos vocales,
por lo que ha sucedido;
que en la patria de dichos animales,¹⁰
cada cual presumiéndose asaz diestro,
gritó: -¡Caiga el león! ¡fuera el maestro!-
Cayó la monarquía,
y en república el reino convirtieron,
-Vaya una sinfonía¹⁵
de nuestros triunfos en honor, -dijeron;
-cada uno cante cual le venga a mano:
ya no más director: muera el tirano.-

Comenzose el concierto,
cá-cá-rá-cá gritando el polli-gallo;²⁰
y al primer desacierto
con un relincho contestó el caballo;
a-y-o, a-y-o siguió el pollino;
pí-pí-pí el colorín, uff el cochino.

El mis y el marramau²⁵
cantó el gato montés, cual tigre bravo;
y con cierto pau-pau
le acompañaba el indolente pavo;
formando tan horrenda algarabía,
que ni el mismo Luzbel la aguantaría.³⁰

El león destronado,
viendo el reino en desórdenes tan grandes:
-Silencio, -dijo airado,
mostrando un arcabuz ganado en Flandes;
-el rey va a dirigir: atrás, canalla-;³⁵
y al verle cada cual, amorra y calla.

-Vuelva a sonar la orquesta-,
siguió el tirano, de Nerón trasunto;
-y ¡ay de la pobre testa
de aquel que por gruñir me coma un punto!⁴⁰
¿Qué es replicar? No hay réplica ninguna.
Palo, o canción: vamos a ver: ¡a una!-

Y la orquesta empezando
pí-pí, cá-cá-rá-cá, mis-mis, miau-miau,
siguió después sonando⁴⁵
a-y-o, a-y-o, uff-uff, pau-pau, pau-pau.
Y tal sonó la música que alabo,
que el mundo gritó absorto: -¡Bravo! ¡bravo!

Fue el concierto, antes loco,
la maravilla, vive Dios, del arte;⁵⁰
y aunque gruñendo un poco,
cada animal desempeñó su parte;
aprendiendo, en perjuicio de su testa,
que sin buen director, no hay buena orquesta.

Fábula XV

Leyes fundamentales

Con ánimos

sencillos
varios chiquillos cierto día un dado
para jugar hicieron;
y las leyes del juego los chiquillos
por seguir a la letra,⁵[161]
del dado aquel en cada faz pusieron
el uno, el dos, el tres, el cuatro... etcétera.
De niños entre el bando
alguno de ellos calculó prudente
que, por los bordes subrepticamente¹⁰
la cara de su número limando,
siempre a la mesa en amoldarse esquivando
quedaría, rodando,
la cara de su número hacia arriba.
De esta manera a todos, el fullero¹⁵
como era natural ganó el dinero,
hasta que al fin, de sus falaces modos
apercibidos todos,
dando de su pericia muestras claras,
limando y más limando²⁰
fueron también dejando
convexas de sus números las caras.
De este modo el ex-dado
por ángulos y bordes cepillado,
al impulso menor del aura sola²⁵
rodaba, ya se ve, como una bola.
Desde entonces el número de azares
se sucede a millares,
y la igualdad geométrica admirando
de equilibrio tan justo,³⁰
unas veces perdiendo, otras ganando,
se divierten los niños que es un gusto.
Con lengua atrabiliaria
a cada azar del inconstante dado
agotan su afición parlamentaria,³⁵
y sucede un discurso a otro discurso
sobre si el aire le sopló de un lado,
sobre si un pelo interrumpió su curso.

Y acaban las cuestiones,
su furor conteniendo en breves plazos,⁴⁰
los que son vencedores, a razones;
los que vencidos son, a sombreroazos:
y en caos importuno
alzándose hoy los que caerán mañana,
todos se pierden, y ninguno gana,⁴⁵
ganando todos, sin perder ninguno.
Y entretanto, sediento de emociones,
y ajeno, el pueblo espectador, del fraude,
aplaude tan continuas variaciones,
pues siempre el pueblo la comedia aplaude⁵⁰
si van y vienen sin cesar telones,

Desde el feliz momento
que la moral he oído de este cuento,
ignoro cómo hay gente
que idolatrar como a sus ojos pueda⁵⁵
la ley fundamental, que blandamente
adonde quiera que la impelen rueda. [162]

Sección religiosa

Dios es causa de las causas

La urraca, la rama, el árbol, la tierra y el sol.

Al lado de una iglesia

un olmo había,
desde donde una urraca escuchó un día
que un fraile predicaba de este modo:
Dios todo lo hace, y lo dispone todo.
Torciendo entonces el agudo gesto,⁵
dijo la atea urraca: -Por supuesto,
Dios dispondrá si quiere de lo suyo,
porque yo sin sus órdenes arguyo
que ya corro, ya vuelo,
según me viene a pelo,¹⁰
y, aunque su ley traspase soberana,
hoy canto aquí porque me da la gana.
-Porque yo te sustento
(dijo la rama con sutil acento),
gracias al tronco adusto¹⁵
que me encumbra robusto.-
-Yo (con acento ronco
gritó a la rama el tronco)
te encumbro a ti, porque la tierra amante
con brazo creador me alzó triunfante.-²⁰
-Y yo te levante (dijo la tierra,

sus entrañas abriendo en son que aterra),
porque ese sol que de su luz me inunda
con sus rayos mis gérmenes fecunda.
-Y yo (contestó el sol de orgullo lleno,25
con voz de quien es eco el bronco trueno)
 la tierra fecundizo,
porque el potente Ser que todo lo hizo
 desde mi trono alzado
hasta el último fin de lo increado,30
cual don con que su alteza manifiesta
la clara sombra de su luz me presta!-
Desde entonces la urraca,
con una fe que su temor aplaca,
cuando oye prorrumpir en el otero:35
«yo canto estas rondeñas porque quiero;»
-cantáis porque Dios quiere ¡bachilleras!-
 (grita a sus compañeras):
-¿cómo ultrajáis al cielo de ese modo?»
Dios todo lo hace, y lo dispone todo.-40

Sección moral

Fábula I

El galgo y el podenco

Partidas de ruines

Persiguiendo un conejo de

gran traza,
al ladrador podenco dijo el galgo:
-Calla, y no ladres tanto, mala raza,
que maldito sea yo, si sirves de algo.
¿A qué venimos, prosiguió, de caza,5
si en saliendo la espantas, mal hidalgo?-

Así el ruin, que seguirlo en vano intenta,
porque otro no lo alcance, el bien ahuyenta. [163]

Fábula II

El chico, el mulo y el gato

La carambola

Pasando por un pueblo un

maragato
llevaba sobre un mulo atado un gato,
al que un chico, mostrando disimulo,
le asió la cola por detrás del mulo.
Herido el gato, al parecer sensible,5
pegole al macho un arañazo horrible;
y herido entonces el sensible macho,

pegó una coz, y derribó al muchacho.

Es el mundo, a mi ver, una cadena
do rodando la bola,10
el mal que hacemos en cabeza ajena,
refluye en nuestro mal, por CARAMBOLA.

Fábula III

El piloto y su aprendiz
Ganar el flanco a la suerte

-¿De qué modo tan

vario,
un aprendiz a un náutico decía,
-sigue usted siempre la trazada vía,
ya sea el viento próspero, o contrario?-
Entonces el piloto le contesta,5
mientras que el otro copia la respuesta:
-Si ves que por la popa arrecia el viento,
sin torcer el timón, recto camina:
si es por la proa, gana el barlovento;
y si es por el babor marcha en bolina.-10

Así en el mar del mundo, el buen piloto,
no exponiendo el bajel a innobles tumbos,
por donde quiera que le acosa, el noto,
gana puerto también, trocando rumbos.

Fábula IV

El viejo y el mendigo
La justicia en un cuento

Rodeado el tío Blas de

gente,
dijo: -Vaya un cuento ahora-;
y ya iban tres cuartos de hora,
cuando el iba en lo siguiente:
-Aunque pobre, el juez prudente5
le hizo justicia al momento.-
Y un pobre, que oía atento,
dijo al tío Blas con malicia:
-¿Pobre, y se le hizo justicia?
Dice usted bien: eso es cuento.-10

Fábula V

La encina y el rosal
Virtud y orgullo

-¡Mezquina es tu

existencia-,
a un humilde rosal dijo una encina,
-pues arrastras al par de mi opulencia
tu existencia mezquina!-
De una santa en las fiestas placenteras,⁵
bajaron a coger unos pastores
ramaje de la encina para hogueras,
y del rosal, para la imagen, flores.
Ornó el rosal la imagen peregrina,
y entonces me presumo¹⁰
que mirando en la hoguera arder la encina,
exclamó al darle el humo:

No afrentes al humilde con tu fausto:
que el día de la prueba, en acto innoble,
con ignominia doble¹⁵
tal vez sirvas de incienso a su holocausto.

Fábula VI
El mancebo y los pájaros
El método

Vio Gil de un árbol caer

cinco pájaros, y todos,
corriendo por varios modos,
los quiso a un tiempo coger.
-Deja, buen Gil, de correr,⁵
que no cogerás ninguno.
¿A qué tras cinco ¡importuno!
a un tiempo vas con ahínco,
si para coger los cinco
tienes que empezar por uno?¹⁰

Fábula VII
El muchacho, el podador y el manzano
La piedad bien entendida

A un manzano podaba un

hortelano,
y un muchacho con íntimas querellas,
-¿por qué, decía a gritos, inhumano
del tronco a quitar vas ramas tan bellas? -
-Córtalas, podador, dijo el manzano,⁵
que se me quiere encaramar por ellas.-

El tal rapaz, que procuraba arguyo
el bien ajeno, en beneficio suyo. [164]

Fábula VIII

La vid, el olmo y la hiedra

Baladronadas

En continua

querella,
una vid y una hiedra, a un olmo asidas,
se despreciaban, de odio estremecidas,
poniéndose a su vez de más es ella.
-¿Ves aquel ave, que en tendido vuelo-5
dijo la vid por fin-, ya besa el cielo?
pues si quiero subir, sin mas arrimo,
le llevo a que meriende este racimo.-
-Pues si me subo yo, -dijo la hiedra,
que sólo asida de los olmos medra,10
-formo un dosel al cielo,
que, interpuesto entre el sol, enlute el suelo.
Vamos a ver si no, -siguió importuna.
-Vamos, dijo la vid: ¡A una! -¡A una!
En tono el más sencillo:15
-No, por Dios; no, por Dios, gritó un tomillo,
que pueden sus bravuras
dejar el mundo a oscuras.-
Llegando ya de su impaciencia al colmo,
dijo al tomillo el olmo:20
-Puedes perder el miedo, en mi conciencia,
si nadie miedo a los cobardes tuvo,
pues sé por experiencia
que jamás subirán, si yo no subo.-

Fábula IX

La mona, el mono y el loro

Un bobo hace ciento

Con la faz más

espantosa,
la mona de un mercader,
en ilusión deliciosa,
recordando cualquier cosa
reía a más no poder.5

Como un mono la veía,
que por boba la tenía,
reír sólo para sí,

de ella el mono se reía
con un burlesco jí jí.10

-Un loro, que al mono vio,
por loco lo tuvo ya,
y también de él serio,
y sin cesar prorrumpió
en un já já, y más já já.15

Cuando al pasar por allí
oía al simple del loro
la gente, fuera de sí
reía, diciendo a coro,
unos já já, otros jí jí.20

Y aunque de bobos la hornada
ya siendo muy larga va,
siquiera por la bobada,
conmigo la carcajada
soltad, diciendo: ¡Já! ¡já!25

Con lo cual probar intento
que, con remedo servil,
en este mundo, y no es cuento,
así como un loco ciento,
llega un bobo a hacer cien mil.30

Fábula X

Los dos gorriones

Contras de la mala fe

Llégame el

comedero-,
dijo a un gorrión otro gorrión muy maula.

-Pues ábreme primero-,
contestó aquél-, la puerta de la jaula.

-¿Y si al verte ya libre, en tu embeleso,5
te vas sin darme de comer en pago?

-¿Y quién me dice a mí, -responde el preso,
-que me abrirás, si llenas el monago?-

Y en conclusión, por si ha de ser primero
llegar el comedero,10

o correr el alambre,
quedose el enjaulado prisionero,
y el hambriento volviose con el hambre.

¡Digno amigo, por Dios, de tal amigo!
Y ahora diréis, y bien, como yo digo:15

¡Vaya, que son en ciertas ocasiones

lo mismo que los hombres los gorriones!

Fábula XI

El pastor y el insecto

De pequeñas causas grandes efectos

Cantando Gil, vio

de un insecto el nido,
y le holló con pie rudo:
y aunque oyó de mil tristes el gemido
siguió cantando de piedad desnudo.

Viendo el insecto hollados a sus hijos,⁵
subiose a la montaña,
y en el chopo más alto ayes prolijos
lanzó exhalando su impotente saña.

Era el tiempo en que vientos y nublados
desatando los cielos,¹⁰
igualan con los montes los collados
copiosas nieves y abundantes hielos.

Por vengarse de Gil, cargo sañudo
con un copo de nieve,
carga mayor con que el insecto pudo.¹⁵
¡De tan grande furor venganza leve! [165]

Suelta el copo, al encono que le inflama,
desde el altivo chopo;
y engruesado al bajar de rama en rama,
fuese aumentando el invisible copo.²⁰

Va el germen infeliz de inmensa ruina
de hoja en hoja bajando,
y un copo y otro copo arremolina,
y cien mil, y auméntanse rodando.

Cruje la mole, escasa todavía,²⁵
mas en creciente extraña,
ya un monte desatado parecía
el declive al bajar de la montaña.

El alto roble y la empinada encina,
a su impulso arrollados,³⁰
amenazaban convertir en ruina
del pobre Gil apriscos y ganados.

Y al ver la mole, el insectillo en tanto,
que lo arrasaba todo,

parodiando de Gil el fiero canto,³⁵
tarareó esta canción allá a su modo:

No hay venganza que un ruin, si está ofendido,
tomar no pueda en bago,
cuando un copo de nieve desprendido
la causa llega a ser de tanto estrago!⁴⁰

Fábula XII

El perro y la rana

Si eres débil, sé prudente.

-Calla,

maldita rana-,
un perro desde un ható prorrumpía:
y ella car car y más car car seguía,
como quien dice: -no me da la gana.-
(Esta rana, en invierno y en verano⁵
cantaba, por decreto sobrehumano,
aunque jure algún sabio, echando un terno,
que nunca ha visto ranas en invierno.)
-¿Con que te sales, dijo aquél, del río,
para venir a incomodarme al ható?¹⁰
Por Dios, que si no hiciera tanto frío,
anoche salgo, te sorprendo y mato.
-Car car car, car car car, -siguió la rana
burlándose del perro con orgullo.

-¿Y es posible que creas-,¹⁵
le contestó la vana,

-que en moviendo tú un pie, no me zambullo?
¡Car car car! ¡car car car! -¡Maldita seas!-
clamó el perro siguiéndola enojado.

La rana, de contado,²⁰
¡cataplún! se echó al río;
mas como helado estaba por el frío,
sin concederla plazos,
sobre el hielo el mastín la hizo pedazos.

No insultes al más fuerte,²⁵
aunque libre, al huir, tengas el paso;
que si lo encuentras obstruido acaso,
como la rana sufrirás la muerte.

Fábula XIII

El alcornoque y la enredadera

Amar por las apariencias

Nació una

enredadera
al pie de un alcorcho descarnado;
vistióle de manera,
que fue en la primavera,
siendo un bodoque ruin, blasón del prado.5

Como propios primores
lucía el corcho vil ajenas galas;
siendo con tantas flores
envidia de pastores
y blanco del amor de las zagalas.10

-¡Oh, que árbol tan florido,
decían; qué gentil, qué primoroso!-
Elogio merecido,
pues gracias al vestido,
por Dios que el alcorcho estaba hermoso.15

Mas llegaron sin cuento
del otoño las ráfagas sonoras,
y soplando violento,
dejó alcorcho el viento,
al que el ídolo fue de las pastoras.20

¡Cuántas de esta manera,
Elvira, adoran a un galán bodoque,
y hasta que el aura fiera
lleva la enredadera,
no advierten que han amado a un alcorcho!25

Fábula XIV

El cuervo y el reptil
Excusas necias

Hacia el nido de

un cuervo
sube un reptil protervo,
que de otro manjar falto,
de huevos se apercibe;
mas al dar el asalto,5
creyendo al cuervo ausente, oyó: -¿Quién vive?

-Perdone usted; no es nada
(dijo con voz turbada); [166]
el hallarme soñando
mi indiscreción abone;10
pues llegué aquí rodando,
mas desperté, y me vuelvo: usted perdone.-

-¡Hola, traidor vecino!
(dijo el cuervo ladino)
¿cuando el sueño te priva,15
sin costarte trabajo
te ruedas hacia arriba?
Pues a ver cómo ruedas hacia abajo.-

Y remontando el vuelo,
lo suelta desde el cielo,20
por más que ya difunto
el reptil lo rehúsa;
y plaf reventó al punto.

¡Digno castigo de su necia excusa!

Fábula XV
La niña halagüeña
Delirios del amor

Los que vuestro
amoroso pensamiento
tenéis por el non plus, oíd un cuento:

A un enfermo una niña cierto día
acariciaba con honesto modo,
y en la ilusión de su placer decía:5
-Mi rey, mi luz, mi sol, mi dios, mi todo.-

Y para que veáis de qué manera
el afecto su juicio turbaría,
el rey, el sol y el dios, ¿sabéis quién era?
Un dogo que de ahitado se moría.10

Fábula XVI
El enfermo y los dos médicos
Lisonjas viles

-Más tenaz cada día
esto a un enfermo un médico decía:
-Si bebe usted más agua,
es indudable que su muerte fragua.-
Sediento el otro en tanto,5
le dio su pasaporte, y otro al canto.

Fuese el doctor primero,
enterando del caso al compañero;
pero el doctor segundo,

más inepto que aquél, o más profundo,10
dejó de buena gana
que se ahitase el pobre hombre como rana.
Pues señor, murió ahitado;
y al morirse, contento de su estado,
del que le daba vida15
aun blasfemó, mientras que a su homicida
colmó de bendiciones.

¡Lo que vale halagar a las pasiones!

Fabula XVII

La urraca y la gallina

Acusar delitos propios

-¡Qué escándalo!

-en tono fiero
una gallina decía,
a una urraca que comía
las flores de un limonero.
-¡Que se come, jardinero,5
de las de arriba a destajo!
-Celebro tu desparpajo-,
contestó la urraca altiva.
-¿No he de comer las de arriba
si no has dejado una abajo? -10

Fábula XVIII

El jilguero y el reclamo

No hay mal como un falso amigo

De pájaros un bando

al asomar el día,
iban al aire blando,
pí pí, pí pí, cruzando
en dulce compañía.5

Mudaron el intento,
oyendo que un reclamo
pí pí, pí pí, a su acento
les respondió contento
cabe un pulido ramo.10

Y en giros desiguales
cercándole en gran copia
para llorar sus males,
como la acción más propia
de amigos tan leales.15

Posándose un jilguero,
cayó en la liga impía
que armada le tenía
un cazador artero,
que cerca lo veía.20

Se aleja el bando espeso
viendo el caso infelice;
y en tanto el triste preso
con inútil exceso
luchando en vano, dice:25

-¡Nada, ay de mí, consigo,
pues en tan fiera lucha
más cada vez me enligo!-

¡Triste de aquel que escucha
la voz de un falso amigo!30[167]

Fábula XIX

La madre, el hijo y la concurrencia
Nunca una moral nos cuadra

Fastidiaba a una noble

conurrencia
una madre amorosa, que asentaba
que de Adolfo a admirar iban la ciencia
si alguna fabulilla recitaba.
-Ven acá, dijo, niño.-5
Y Adolfo al escuchar su voz severa,
con mucha más pereza que cariño,
la fábula empezó de esta manera:
-LA OVEJA Y EL CORDERO. Cierta día
la oveja, con el tono que ella sabe,10
daba a su hijo lecciones de ser grave,
las que él pronto olvidaba, o no aprendía.
¿Lección, diréis, y en una edad tan corta?
Es necio, sí. Mas voy a lo que importa.
La oveja en vano en enseñar se ahínca,15
porque el hijo no aprende una palabra;
mas corre, y viene, y va cual suelta cabra
y vuelta, y dale, y brinca que te brinca.
La madre del cordero era tan porra...-
Truncó Adolfo la historia de repente,20
cual cayendo en estúpida modorra;
y es que viendo de dulces una fuente,
de su memoria en mengua,
dura como el turrón quedó su mente,

y en agua vuelta la movable lengua.²⁵
-Sigue, niño, -la madre le decía.
-Era tan porra... el niño repetía;
la madre con sus guiños le hostigaba;
y -tan porra... el muchacho replicaba;
y con que si era porra, o si no lo era,³⁰
llegó a cansar la sociedad entera
La madre al fin le dijo, ya corrida:
-Aparta, que estás siendo, majadero,
más torpe que el cordero de la historia.-
Y ¡oh, qué frágil memoria!³⁵
¡no acordarse que ella era distraída
más porra que la madre del cordero!

¡No hay acción mala o buena,
que aplicación no tenga, si es ajena!
Mas siendo propio el caso,⁴⁰
jamás la aplicación nos sale al paso.

Fábula XX

Los dos esposos y el veneno
La curiosidad

Para matar

ratones
hizo Guzmán algunas confecciones,
las que encerradas con rigor tenía
en un lugar, en el que escrito había:
-«Ninguno para cosa mala o buena,⁵
me llegue a esta alacena.»
Su mujer Blasa, que con él reñida
la mayor parte estaba de su vida
(porque según la vecindad pregona,
tanto como curiosa, era gruñona),¹⁰
presumió que su esposo allí encerraba
el tósigo fatal con que trataba
de castigar su eterna impertinencia
(señal que le argüía la conciencia),
y buscando las viles confecciones,¹⁵
encontró el solimán. ¡Qué imprecaciones!
-¡Un veneno! -frenética decía.
-¡Un veneno!! ¡un veneno!!! -repetía;
y con verle y tocarle aun no contenta,
llega, lo huele, pruébalo, y revienta.²⁰

Si lo ven por acaso,
atad a los curiosos corto el freno;
o apurarán el vaso
aunque escribáis sobre él: -aquí hay veneno.-

Fábula XXI

El médico y el inválido

De dos males el más visto

Un inválido a un médico

decía:

-Si me corto esta pierna gangrenada,

¿podré vivir, al parecer de usía?

Y el médico dudando respondía:

-Podrá ser por acaso, camarada.-5

-La duda, replicó, no me hace al caso.

Mas si la corto, ¿sabe si de fijo

podré vivir aunque no dé ni un paso?

Dudando siempre el médico le dijo:

-Podrá ser, camarada, por acaso.10

-Pues si al cortarla ataco la existencia,

y el no cortarla es un dudoso medio,

a la cura prefiero la dolencia.-

Yo también prefiera, en mi conciencia,

morir antes del mal que del remedio.15

Fábula XXII

El lugareño y el magnate

Efectos de la injusticia

Un señor de calidad,

por dar, con magia distinta,

a su vida variedad,

se iba en verano a la quinta,

y en invierno a la ciudad.5[168]

Tras la casa del señor

la de un labrador había,

ruin casa en que al labrador

así el hielo le atería,

como le asaba el calor.10

Por más de cincuenta abriles

fue casa de tanta mella

nido de gorriones viles,

y a la del señor desde ella

pasaban después a miles15

Incomodado el usía,

porque al asomar el día
los gorriones con empeño
con su chau chau, si dormía,
le interrumpían el sueño.20

La casa del labrador
furioso sin más arrasa.
-¿Tal sinrazón, diréis, pasa?-
Era más rico el señor,
y vino abajo la casa.25

Sin casa ya los gorriones
do anidar en los abriles,
del otro a los murallones
fueron después, más que a miles
los malditos, a millones.30

Y a cada instante al señor
cantándole el aleluya,
le entraron en tal rencor,
que cual la del labrador,
tuvo que arrasar la suya.35

Justo premio al que inclemente
pudo dejar sin consuelo
a un labrador indigente.
Siempre se ensucia la frente
el loco que escribe al cielo.40

Fábula XXIII

El beodo en el festín
El diablo predicador

Un beodo en una orgía,

-«Brindo porque el alto cielo
purgue de vicios el suelo-,
con voz de trueno, decía.
-¡Guerra al vicio! -repetía,5
y un vaso apuro hasta el poso.

Que en este mundo engañoso,
dando al labio torpe oficio,
hay quien habla, mal del vicio
siendo él el primer vicioso.10[169]

Sección filosófica

Fábula I

El pájaro encarcelado
No siempre el bien es fortuna

En una jaula un ave
nació y vivió contento,
sin cruzar nunca el viento
con revolar süave.
¡Qué vanamente grave,⁵
porque más no desea,
de una a otra barandilla
con voluntad sencilla
cantando se pasea!
Créalo quien lo crea;¹⁰
mas lo cierto es que el preso
nunca con loco exceso
en ocasión ninguna
maldijo la fortuna,
ni tuvo a vituperio¹⁵
su dulce cautiverio.
Por último, es el caso
que un día que la puerta
vio de la jaula abierta,
llegó paso tras paso²⁰
a la vecina huerta.
¡Cómo entonces contento,
con emoción extraña,
goza en la azul campaña
del extendido viento²⁵
la libertad querida,
nunca por él sentida!
De rama en rama vuela
con la calma inefable
de la virtud amable³⁰
que el crimen no recela;
y al más cercano arbusto
lanzándose con gusto,
quedó a la liga en suma
presa otra vez su pluma.³⁵
¡Triste imagen del hado
fue el pájaro inocente,
pues se troco su estado
tan repentinamente!
Tornó a ver a despecho⁴⁰[170]
la antes prisión amada:
mas nunca la alborada

volvió a encomiar su pecho
con su común tonada.
-¿Por qué con tal quebranto-,45
su dueña le decía,
-mi gozo y tu alegría
no ensalzas con tu canto
cual suceder solía?-
Sin dar respuesta alguna,50
las penas una a una,
con el dolor más grave
de su dueña querida,
acabaron del ave
la macilenta vida;55
que aunque en la cárcel fiera
pasó la vida entera
sin que echase de menos
los céfiros serenos,
después que hubo probado60
su esfera siempre amena,
cuando volvió a su estado
murió el triste de pena.

¡Huid, mentido bando
de alegres ilusiones,65
que nos henchís, pasando,
de locas ambiciones!
¡Dejadme que tranquilo
muera en mi pobre asilo,
pues que sólo un momento70
vive el mayor contento!
¿Por qué queréis que ansioso
deje mi humilde estado,
si es más desventurado
quien fue una vez dichoso?75

Fábula II

La abeja, el burro y la rama
Yendo a más, venir a menos

La abeja, de una rama

de romero
formaba su panal de mieles rico;
mas la rama encontrando en un lindero,
se la comió un borrico.
¡Pobre rama olorosa5
que el blasón iba a ser de los panales,
y ya entre las mandíbulas asnales
podrá ser, menos miel, cualquiera cosa!

¡Oh, qué bien con su ejemplo nos declama
lo inestable del destino,¹⁰
cuando al ir a ser miel la noble rama,
el pienso quedó a ser de un vol pollino!

Fábula III

El escultor y los dos troncos

Caprichos del hado

Cierto

escultor un día,
viendo dos troncos, entre sí decía:
-De este zoquete vil, lleno de lodo,
un San Roque he de hacer con perro y todo;
y este, aunque para santo mejor era,⁵
del templo servirá para madera.-

Así el hado cruel, que engaña a tantos,
convierte, con tristísimos ejemplos,
en madera de templos de los santos,
y en santos la madera de los templos.¹⁰

Fábula IV

El muchacho y la manzana

Placeres falsos

Tiró Andrés una

pedra a una manzana,
y por dar a la fruta, dio al ambiente;
tirole la segunda: ¡empresa vana!
la tercera tiró: ¡malditamente!
tiró otra en fin: cayó; mas de tal gana,⁵
que con golpe mortal hirió su frente.

Hay bienes que en llegando, al mal iguales,
la cabeza nos rompen cual los males.

Fábula V

El pastor y el navío

Deseos locos

Del mar en la

ribera
quejábase un pastor de esta manera:
-¡Oh, qué sordas que tiene a mis congojas
el cielo las orejas,

pues no me saca de zagal de ovejas,5
pati-tuertas las más, y algunas cojas!
¡Quién me diera, halagando mi albedrío,
dirigir por ejemplo aquel navío,
y a la playa arribar del indio o moro,
para volver con el cargado de oro!10
¡Por amigos tuviera y por amigas
entonces a señoras y señores,
pese cuantas ovejas y pastores
rumiaron hierbas o mascaron migas!

Mas ¡ay! la suerte fiera15
me arrastra, sea invierno, sea verano,
desde el monte al redil, y de éste al llano;
y aunque oírlas no quiera,
me hace escuchar las simples avecillas,
que por más maravillas20
que dicen que hacen los que de ellas cuentan,
cada vez que las oigo, me revientan.- [171]

Así el pastor decía,
cuando el bajel ya apenas se veía;
y su intenso dolor llegaba a tanto,25
que sus mejillas inundó de llanto.
Era al morir el sol, según asienta
quien dijo que del ábrego la saña
removió aquella noche una tormenta
que ni la oyó el pastor en su cabaña.30
Al otro día su manada entera
condujo, como siempre, a la ribera,
y del mar acercándose a la orilla,
vio aquí y allí fragmentos de una quilla.
Buscando del naufragio indicios ciertos,35
halló al fin gavias, y después mesanas,
trinquetes desvelados, hombres muertos:
¡leves cimientos de esperanzas vanas!
Entonces se acordó de su navío,
y viendo fin tan triste,40
-¡Qué bien hiciste, oh Dios, qué bien hiciste
en coartarme, dijo, el albedrío!-
Y sin ver que a los muertos hacía agravios,
una sonrisa se asomó a sus labios;
y escuchando las simples avecillas,45
que hacían, según dijo, maravillas,
trajo de sus plácidos gorjeos:

Modera sus deseos.
Aunque pierdas, llorando, tus encantos,
no halagues esperanzas indecisas,50
cada muerta esperanza brota llantos;
cada llanto vertido engendra risas.

Fábula VI

El conejo, el gallo y el cerdo

De gustos no hay nada escrito

Cada QUISQUE celebra y es muy justo, lo que es más de su gusto.

Por un gallo lo

digo,

que de una huerta picoteando el trigo,

así a un conejo hablaba

que, haciendo muecas, una col rumiaba:

-¿No admiras este trigo, buen conejo,5

gordo y gentil cual castellano viejo?

¿Quién ha visto manjar de más decoro?

Como soy que parecen granos de oro.

-Aprensión, friolera, bobería-,

el rumiador conejo respondía:10

-Siempre a mi noble raza más le plugo

de tierna berza el agridulce jugo.-

Viendo así despreciado

su condimento amado,

el gallo incontinente,15

para buscar un juez más competente,

se encaramó a las tapias de la huerta,

como vigía que se pone alerta;

y preguntó a un cochino

que acertaba a pasar por el camino:20

Dime, si te ofreciesen cuando almuerzas

buen trigo y buenas berzas,

¿qué cosa te comieras, caro amigo?-

El cerdo contestó: -Berzas y trigo.-

Fábula VII

El poeta y sus lectores

Los lindes del bien y el mal

Si escucháis esos

miseros lamentos,

son del difunto rey los funerales;

y esos vivas que ruedan por los vientos,

del rey nuevo los cantos inmortales.

Mas diréis entre penas y contentos:5

-¿Se cantan bienes, o se lloran males?

Nadie el linde a marcar se atrevería
que separa el pesar de la alegría.

Fábula VIII

La madre y el hijo

La inocentada

-¡Ubbb!! -en inocente

fiesta
una madre con cariño
gritaba a un hermoso niño
con una máscara puesta.

Mas de sus gustos avara,⁵
al ver que lloraba el hijo,
arrojándola, le dijo:
-Tonto, si tengo otra cara.-

Y del candor a merced,
a cuantas después hallaba,¹⁰
el niño las preguntaba:
-¿Cuántas caras tiene usted?-

Y es fama que ya crecido,
llegó el niño a asegurar
que todas suelen mudar¹⁵
la cara con el vestido.

Fábula IX

El joven y el reloj de arena

Liviandad de nuestras glorias

Viendo un reloj

de arena,
paseábase Román con faz serena.
-Pasa luego, -decía,
-hora cual nunca impía;
que pronto Inés, con amoroso fuego⁵
me esperará en la reja; pasa luego.-
Y dando vueltas, su mirar sombrío
en el reloj fijaba, asaz tardío,
hasta que al fin echó de ver que insano
atascado se hallaba un leve grano;¹⁰[172]
y saliendo a la calle diligente,
llamó a la reja, pero inútilmente:
volvió a llamar de nuevo;
mas ya no estaba Inés: ¡pobre mancebo!

¡Quién por buscar se apena¹⁵
de este mundo las dichas ilusorias,
cuando un grano de arena

remora puede ser de nuestras glorias!

Fábula X

Los cien cuerdos y el bobo

La dicha es un acaso

Si mal no lo

recuerdo,
un bobo entre cien cuerdos por acaso
 (y aquí diré de paso
que hay a veces mil bobos por un cuerdo),
admiraba el espléndido palacio⁵
do la fortuna desigual moraba,
tan rico, que a sus ojos se mostraba
con puertas de oro y muros de topacio.
 La señora fortuna,
que del mundo entre todas las señoras¹⁰
 tal vez no habrá ninguna
que la gane a mudarse a todas horas,
se la antojó salir en aquel día
a hacer a uno infeliz: ¡quién lo diría!
 Al verla los cien cuerdos¹⁵
 (en verdad nada lerdos),
 con presteza importuna
-¡La fortuna! (prorrumpen) ¡la fortuna!-
 y arrancan en pos de ella,
 mientras que, presurosa,²⁰
 si bien como ellas bella,
como mujer al fin, huyó alevosa;
y si como ellas es verdad que huía,
como mujer también les sonreía.
Al verla el bobo huir con tal exceso:²⁵
-Vaya con Dios, -la dijo el muy camueso;
 y en celestial arrobo,
 dándosele una higa,
porque alguno la siga o no la siga,
a dormir se tendió: ¡maldito bobo!³⁰
Siguiéronla los cuerdos locamente;
 pero con tal ahínco,
que alguno por correr dio un falso brinco,
 y se aplastó la frente.
Otros perdieron sólo el sufrimiento;³⁵
 y otros menos felices,
el camino sembraron, y no es cuento,
de piernas, ojos, brazos o narices.
De engañar a los cuerdos ya cansada
la señora fortuna, siempre porra,⁴⁰
ganándoles las vueltas como zorra
determinó volverse a su morada.

Mas ¡oh imprevisto caso!
pues cuando al ir su paso
el linde a trasponer de la ancha puerta,45
tropieza con el bobo y le despierta.
-¡Caíste en el garlito!-
gritó el simple, cual bollos los mofletes:
y sin andarse en dimes ni diretes,
con ella en casa entro: ¡bobo maldito!50

No llames, Fabio, tonto
al que cual tú no corre tras la gloria;
por correr más, no llegarás más pronto:
pregúntaselo al bobo de la historia. [173]

Fábula XI

El padre y sus hijos
La vida y la muerte

Juntos con su padre

estando
Ana y Luis una mañana,
al plañir de una campana
Luis se santiguó rezando.

Y Ana exclamó con desprecio:5
-¿Por qué rezas? -Y él al punto:
-Rezo, dijo, a ese difunto.
-Si es que ha nacido uno, necio.-

Y viendo afrentado al hijo,
el padre, con faz severa10
mirando a la retrechera,
con voz solemne la dijo:

-¡No es rara equivocación,
pues para ambas cosas, Ana,
siempre una misma campana15
toca con un mismo son!-

Fábula XII

El ruiseñor y el ratón
A un gran mal otro mayor

Clamó un ratón sin

consuelo,
preso en una cárcel fuerte:
-¡Imposible es que la suerte
pudiese aumentar mi duelo!-
Y alzando la vista al cielo⁵
para acusar su dolor,
le preguntó un ruiseñor
de un halcón arrebatado:
-¿Truecas conmigo tu estado?-'
Y él contesto: -No señor.-10

Fábula XIII

El potro y la yegua
Del tronco sale la rama

Era una yegua

pía,
que sin ánimos ya para dar coces,
a un hijo que tenía,
así le reprendía,
si no con éstas, con iguales voces:5

-No des coces ¡impío!
Maldita sea tu costumbre ingrata:
cual yo modera el brío;
ten presente, hijo mío,
que es mala educación sacar la pata.-10

Al decir -bien- el hijo,
la saludó con singular donaire,
de puro regocijo
después de lo que dijo,
miles de coces disparando al aire.15[174]

Y en ocasión tan calva,
si los hallase en parte más contigua,
presumo que en la salva
al lucero del alba
y a la madre, de un par me los santigua.20

-¿De quién aprendería-,
siguió la yegua, -inclinación tan basta?
La zorra que la oía:
-De nadie, -le decía,
-créalo usted, vecina; ésa es la casta.-25

Fábula XIV

El padre, el hijo y el perro
Lecciones amargas

Bramaba el viento,

agitado,
cuando subían a un cerro
un padre en su hijo apoyado,
y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre⁵
el viejo desfallecido,
cayó exánime en la cumbre,
entre la nieve aterido.

Y -marcha, -al joven le dijo-;
no encuentres cual yo la muerte.-¹⁰
-Pues adiós, -contestó el hijo;
y huyó temiendo igual suerte.

Mas desde un monte cercano,
libre ya de todo empeño,
vio que más fiel el alano¹⁵
quedó a morir con su dueño.

Fábula XV

La vuelta del campesino
La muerte todo lo iguala

Halló al volver con

otros a su tierra
un nuevo cementerio un campesino,
y al cruzar por en medio del camino
vio escrita en él esta inscripción que aterra:
-UN PONCE DE LEÓN aquí se encierra;⁵
dobla al pasar la frente, ¡oh peregrino!
y acata humilde al que postró al destino,
recto juez en la paz, y héroe en la guerra.-
Fija la vista en los eternos bronce,
gestos de admiración haciendo extraños,¹⁰
dijo extasiado el campesino entonces:
-¡Por Dios que son terribles desengaños!
¡Quién les dijera a los ilustres PONCES,
que aquí enterré yo un burro hace dos años!-

Fábula XVI

El placer y el pesar
No hay dicha cumplida

Al

descender al mundo
el pesar y el placer, fuerte el primero
y débil el segundo,
con afecto profundo
llamáronse uno al otro -compañero-,5

Sucedió que un cualquiera
encontrando al placer, con fuertes lazos
(por fuerza que un tonto era)
le estrechó de manera,
que por poco el placer muere en sus brazos.10

Y no cometió dolo,
ya que pudo, en gozarle, el buen mancebo,
pues juro por Apolo
que si le hallara solo
le dejara este cura como nuevo.15

Al verse así ultrajado,
para el mozo el placer pidió un castigo,
y el pesar de contado
de dolores cercado
voló en defensa de su flaco amigo.25

-¡De hoy nos verá la gente-,
con amor se dijeron, sin segundo,
-juntos eternamente!-
Eterna y juntamente
desde entonces acá los halla el mundo.25

Por eso, si por suerte
ves, como el mozo, al que placer se nombra,
apercibido advierte
que para herir de muerte
recatado el pesar vela a su sombra.30

Fábula XVII

Bienes prometidos

El mundo al empezar,

si bien me fundo,
Júpiter trajo al mundo,
para dar por igual a los mortales,
en una arca los bienes
y en otra arca los males.5
Cogió el arca primera
(que por mi mal la de los males era),
y el censo atroz de los odiosos males

distribuyendo con piadoso intento,
ciento a Luis, ciento a Juan, y a Ramón ciento,10
quedamos, salvo error, todos iguales.

Abrió el arca segunda
y tanto criminal (que Dios confunda)
acudió a ver los bienes, que brillantes [175]
lucían cual riquísimos diamantes,15
que al fin los más bribones
entraron de robar en tentaciones.
Por detrás un avaro sin decoro
sustrajo bienes mil (mil onzas de oro);
y un alcalde (un truhán) dando pisadas,20
diez bienes se apropió (diez alcaldadas):
aquí un lascivo su placer corona
con una virgen que aspiró a matrona;
allí un poeta (un cándido, presumo)
tan solo robó un bien (la gloria; ¡humo!),25
y un ruin magnate, de nobleza rancia,
veinte bienes sustrajo sin conciencia,
reducidos, en última sustancia,
a diez y nueve cruces y un vucencia.
Tantas eran por fin las sustracciones30
de ambiciosos, de avaros y ladrones,
que Júpiter atándose la capa
(lo que prueba la fe de los humanos)
andaba con los pies y con las manos
por aquí y por allí tapa que tapa.35
Al ver tanta ruindad en los mortales,
por último el buen dios perdió la calma,
y, llevándose el arca en cuerpo y alma,
dijo, al cerrar las puertas celestiales:
-Yo juro por esta arca que ahora encierra40
los bienes que el mortal anhela tanto,
de no sacar un bien ni aun para un santo,
hasta que no haya infames en la tierra.-
Dijo así el dios; y el diablo que lo oía
(pues siempre anda del hombre en compañía)45
gritó a la gente, que se vio burlada,
lanzando una insolente carcajada:
-Noble mortal, mi digno descendiente
(lo cual nunca en tus actos se desmiente),
el dios que escuchas, de inocencia lleno,50
sus bienes te promete, en siendo bueno:
si hasta entonces no aguardas otros bienes,
acuéstate a dormir, que tiempo tienes.-

Fábula XVIII

El labrador y la morera

Principio y fin de las cosas

Primera parte

Juan plantó

una morera,
que el que, después de un año, la veía,
con la fe más sincera
loando sus primores, prorrumplía:
-¡Bien haya el hacedor de tal hechura!⁵
¡Qué flor, qué tronco, qué hoja, que verdura!-
De seda unos gusanos
sus hojas agotaron roedores,
y con dardos insanos
dieron fin las abejas a sus flores,¹⁰
dejando el árbol de tan ruin manera,
que Juan lo hizo cortar: ¡Adiós morera!

Así, en suertes no iguales,
llegaron con destino bueno o malo,
las flores a panales,¹⁵
las hojas a ser seda, a efigie el palo;
pues os advierto que en mudanza tanta
del rudo tronco Juan hizo una santa.

Y cual de la morera
tuvieron hoja y flor vario destino,²⁰
de la misma manera
los hombres tienen encontrado sino;
que el destino es instable como el viento
Mas, basta de moral, y siga el cuento.

Segunda parte

A mi lugar un día²⁵
la gente se agolpó de la comarca,
do festejar solía
la Virgen que llamamos de la Barca;
santa que yo adoré, santa que aun era
la misma que hizo Juan de la morera.³⁰

Y a través de un concierto
que en el templo sonaba en alto coro
(bastante mal por cierto),
sin oír lo sonoro o no sonoro,
a una vela escuché, no sin trabajo,³⁵
que decía a la santa por lo bajo:

-¿Cómo estamos, hermana?
Yo soy hija también de la morera.
En mi suerte tirana,
fui flor, llegué a panal y ahora soy cera.⁴⁰
¡Quién al ver la morera nos diría,

que al ser lo que eres, lo que soy sería!-

-Su desdén me acongoja-,
dijo el vestido de la santa entonces;
-llegué a seda desde hoja,45
y sus oídos para mi son bronce.
¡Nadie creería, al verme en la morera,
que de un santo del tronco el traje fuera!-

-Calle el necio ropaje,
pues le doy tanto honor, -dijo la santa:50
-y cuide no me ultraje
la innoble cera con locura tanta.
¡Las parleras!... las muy... ¡Ave María!
¿Qué hay de común entre las tres? -seguía. [176]

-¿No ven, -las fue diciendo,55
-que hasta el mismo escultor que me ha labrado
en acto reverendo
me tributa oblación con noble agrado?-
Y era verdad, que con amor profundo
hasta oraba el buen Juan. ¡Cosas del mundo!60

Si empieza la existencia
los seres al nacer mostrando iguales,
en nuestra adolescencia
ya veis que unos son seres celestiales,
ante los cuales los demás oramos.65
Mas ¿cuál de todos será el fin? Veamos.

Tercera parte

A la vela inflamada,
Llega, -dijo el vestido-, hermana mía,
y nuestra suerte airada
será así igual hasta la tumba fría.-70
Llegó la vela el labio enrojecido,
e inflamado a su luz ardió el vestido.

Crujió entonces la seda;
y arrojando las chispas a millares,
fue ardiendo en ígnea rueda75
seda, blandón, imágenes y altares;
siendo al fin, calcinado su ornamento,
juguete vil del agitado viento.

¡Así en la humana vida,
si a unos el hado en ídolos convierte,80
mientras que envilecida
la plebe es templo y luz... llega la muerte,
y confunde, con bárbaros ejemplos,

aras, ídolos, luz, galas y templos! [177]

Humoradas

Al señor don Marcelino Menéndez Pelayo

I

Ahora que mi queridísimo compañero, el sabio por antonomasia, señor Menéndez Pelayo, escribe los fundamentos de una estética ideológica, le dedico estas humoradas, porque además de satisfacer con esto un sentimiento de mi corazón, tengo el egoísmo de creer que en esta ocasión me defiendan, si lo halla justo, de los censores apasionados que de seguro aparecerán, como aparecen siempre que yo me permito poner título nuevo a alguna de mis obras.

Soy el hombre menos afortunado de la tierra para bautizar géneros literarios. Cuando publiqué las Doloras, el nombre pareció demasiado neológico. Salieron a luz los Pequeños poemas, y el título fue muy censurado por razones que nunca he comprendido. El nombre de Humoradas ¿parecerá también poco propio?

¿Qué es humorada? Un rasgo intencionado. ¿Y dolora? Una humorada convertida en drama. ¿Y Pequeño poema? Una dolora amplificada. De todo esto se deduce que mi modo de pensar será malo, pero como ya dije alguna otra vez, no se me podrá negar que por lo menos es lógico.

II

Y como yo nunca quiero ocultar mis pretensiones, aunque estén impregnadas de un poco de orgullo, pasión que tanto detesto, debo decir que, en vez de quemarlas, he recogido estas fruslerías poéticas, para completar con ellas un sistema de poesía que abrace desde el pensamiento aislado hasta el poema. Será imposible que ningún autor de segundas intenciones escriba nada que no esté comprendido en el círculo poético que acabo de cerrar con estas ideas volanderas. Es verdad que, además de este círculo poético de carácter puramente psicológico, hay otro, enteramente contrario, que se limita a hacer sobre los asuntos apreciaciones de naturaleza exclusivamente física. Considerados en su esencialidad, no hay más que dos géneros de poesía en el mundo, que son el de más acá y el de más allá de las cosas.

Yo sé bien, que quedan fuera de este círculo poético que yo prefiero, producciones admiradas que encantan a muchas gentes por su misma objetivación e infecundidad. Pero yo que admito, aunque sin entusiasmo, el género que ve en la forma, no el continente, sino el contenido del arte, pido un poco de tolerancia para el que pretende que a la sencillez en la forma, se una un poco de malicia en el fondo.

Respeto la admiración que a algunos les produce en las obras de ingenio la delimitación empírica de esas líneas que pueden ser comprendidas por los sentidos corporales del tacto y de la vista, con tal

que me permitan reservar mi gusto especial por las reverberaciones que iluminan las sinuosidades del corazón humano y los horizontes que caen del otro lado de la vida material.

Uno de los economistas contemporáneos más notables ha escrito un artículo muy filosófico titulado: «Lo que se ve y lo que no se ve.» Este título, mejor que aplicado al comercio de las habichuelas, se podía relacionar con los sistemas poéticos, el viejo y el nuevo; el viejo, que se puede llamar el de lo que se ve; y el nuevo, que lo llamaremos el de lo que no se ve. El viejo no necesita explicación: el nuevo consiste en ver intuitivamente lo que no se alcanza a primera vista; en hacer notar al lector el punto en que las ideas iluminan los hechos, mostrándole el camino que conduce de lo material a lo ultra-ideal.

No me explico por qué muchos lectores prefieren en el arte lo superficial a lo hondo. Y debo confesar, con mortificación de mi amor propio, que hasta genios que han solido ver la inmensidad en el átomo, son refractarios a dejar transparentar en sus producciones las vistas que dan a la región de lo indefinido.

III

A un gran poeta extranjero no le pudo hacer comprender mi amigo el Sr. D. Eugenio de Ochoa lo que era una dolora. Extrañándolo yo mucho, decía el Sr. Castelar que, dadas las cualidades del insigne escritor, él se lo explicaba perfectamente. Otros dos grandes poetas españoles, se empeñaron en no querer entender lo que eran doloras, y lo consiguieron. Cuando se publicaron las primeras, sometiéndolas a las reglas de una retórica convenida, y en la cual yo nunca he podido convenir, las fueron dividiendo en epigramas, letrillas, epitafios, etc. Estos inmortales distraídos clasificaron las doloras por su contextura externa, sin fijarse en el lazo interno común que las unía en el fondo, que era la intencionalidad.

En el actual momento histórico, ya verá el lector cómo también a estas naderías casi epigráficas, todos los retóricos retrospectivos las llaman pareados, cuartetos o quintetos, y acaso, acaso, sólo aleluyas; y, sin fijarse en su carácter intrínseco, rechazan el título de Humoradas, que yo les doy. Siempre la exterioridad sobreponiéndose a lo esencial. Una dolora puede ser madrigal, epigrama, etc., sin dejar de ser dolora; mientras que no son doloras ninguno de los epigramas y madrigales que conocemos. Lo mismo digo de este nuevo título. Una humorada, sin dejar de serlo, puede estar escrita en un pareado, o en un cuarteto, pero no son humoradas la mayor parte de los cuartetos y pareados que se han escrito hasta ahora.

Pero yo, que tengo el honor de dedicar este librito al Sr. Menéndez Pelayo, a imitación suya, voy, a propósito de estas humoradas, a escribir también un poco de estética trascendental.

IV

No quisiera que el lector, al hallarse con estas bagatelas escritas para los álbums y los abanicos de mis amigas, o recogidas de los retazos sobrantes de doloras y poemas, creyese que las he coleccionado como cosas dignas de ver la luz pública.

Las he reunido porque, además de cumplir los deseos de un apreciable editor que me pedía un libro cualquiera, me propongo rehabilitar con esta publicación, en lo que sea posible, esa poesía, ligera unas veces, intencional otras, pero siempre precisa, escultural y corta, que nuestro eminente poeta el Sr. D. Gaspar Núñez de Arce ha estigmatizado con la expresión desdeñosa de -«Suspirillos líricos, de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados.» Creo que el pensamiento del Sr. Núñez de Arce ha sido mal interpretado, pero el hecho es que desde que el lo ha escrito, ciertos críticos, a quienes se les puede calificar de sacristanes de amén, se complacen en llamar «suspirillos germánicos», a toda composición que no se estira hasta ensuciar con las botas la cara de los oyentes. En consecuencia, rebatiendo a los que han entendido mal la expresión de mi ilustre compañero, les diré que esos «suspirillos germánicos» siempre serán los cantos populares de las clases ilustradas.

Esa poesía que algunos llaman lapidaria, es la más propia para que se graben los pensamientos, no sólo en las piedras, sino en las inteligencias. [178]

Hasta que se halla la forma elíptica que las sintetiza, las epopeyas, las tragedias, los poemas y las crónicas, son creaciones de una utilidad contestada y de una pesadez incontestable.

Una décima de Calderón y unas cuantas frases de Shakespeare suelen ser el resumen de todo su modo de pensar y de sentir. Borrada esta décima y estas frases, y desterraréis del comercio de la vida las grandes epopeyas que más conmueven el corazón y la cabeza de los que sienten y piensan.

Como desgastan los ríos las piedras de su fondo, la marcha del tiempo oxida, descomponiéndolos, los pensamientos de los grandes monumentos literarios, unos por insustanciales, otros por anacrónicos, estos por demasiado solariegos y aquellos por poco característicos; y sólo va dejando, como ruinas imperecederas de las babilonias artísticas, rápidas inscripciones, relámpagos de ideas, que parecen ecos de las palpitations del corazón humano.

V

Pero volviendo al asunto principal, me preguntará alguno: ¿Por qué a esas poesías cortas, tristes, risueñas, galantes o satíricas se las llama humoradas? Porque en la mayor parte de esas expansiones de genio abierto, que el vulgo suele llamar salidas de tono, prepondera la tendencia cómico-sentimental que se entiende por humorismo.

Llamo humoradas a los pensamientos adolorados, que, por carecer de forma dramática, no se deben incluir entre las doloras.

Y ¿qué es humorismo?

Una crítica inconsiderada que cruza a campo-traviesa los dominios de la literatura sin el freno de la correspondiente instrucción, a fuerza de oírlo repetir ha adquirido la costumbre de llamarme escéptico, sin tener

en cuenta que el escéptico, ya subjetivo, ya objetivo, ya absoluto, es el que tiene la duda por sistema, y que yo, bien avenido con la vida real, creo en lo único en que se debe creer, que es en las ideas. ¿Qué noción tendrán estos clasificadores de lo que es escepticismo? ¿Me llaman escéptico porque yo me suelo reír de cosas que ellos creen que son de llorar? Esto de reírse del dolor propio y del ajeno, más bien se podría llamar estoicismo. Pero como no quiero enfadarme mucho con estos calificadores, que cogen la ciencia al oído, porque sé que es muy común confundir el escepticismo con el humorismo, y el humorismo con la excentricidad, les diré que es el colmo de la injusticia llamar escéptico a un espiritualista tan exagerado como yo, que cree que lo que hay más natural en el mundo es lo sobrenatural.

Si el escepticismo no cree en lo que dice, el humorismo hasta se ríe de lo que cree, no dejando de creer nada de lo que se dice.

¿Qué es humorismo? La contraposición de situaciones, de ideas, actos o pasiones encontradas. La posición de las cosas en situación antitética suele hacer reír con tristeza.

César, tapando con sus cenizas el hueco de una pared, y Don Quijote volviendo a su casa molido a palos por defender sus ideales, mientras su ama y su sobrina, representantes del sentido común, lo reciben cómodamente comiendo pan candéal y haciendo calceta, son dos rasgos de humorismo que, además de hacer reír, llenan los ojos de lágrimas.

La frase buen humor, genuinamente española, ha creado un género literario, que es sólo peculiar de los ingleses y de los españoles, y en el que mezclando lo alegre con lo trágico, se forma un tejido de luz y sombra, a través del cual se ven en perspectiva flageladas las grandezas, y santificadas las miserias, produciendo esta mezcla del llanto y de la risa una sobreexcitación nerviosa de un encanto indefinible.

El humorismo francés es satírico, el italiano burlesco, y el alemán elegíaco. Sólo Cervantes y Shakespeare son los dos tipos del verdadero humorismo, serio, ingenuo y candoroso.

Se ha dicho que la burla es la retórica del diablo.

Y, efectivamente, debe haber en este género literario algo de intelectual y encantadoramente diabólico, porque los escritores humoristas tienen sobre los exclusivamente serios, y los totalmente alegres, una superioridad de miras incontestable; pues cuando un escritor sólo se propone hacer reír mucho, suele acabar por hacerse risible, así como cuando un hombre por demasiado serio es tonto, es tonto de veras. No hay duda que el humorismo, que es un carnaval reentrante en la cuaresma, parece que domina los asuntos desde más altura, y que se hace superior a nuestras ambiciones y a nuestras finalidades, pintando a la locura con toga de magistrado, y a la muerte con gorra de cascabeles.

El talento que, alegre y tristemente ve en lo pequeño la imagen de lo grande, y en lo grande el trasunto de lo pequeño, es el titiritero que al son de su tamboril hace bailar grotescamente a todas las pequeñas y grandes figuras humanas, como si fuesen muñecos de resorte; es el tipo, que, según una frase vulgar, es capaz «de hacer burla de un entierro;» el inventor, en fin, de la filosófica danza macabra, ese baile de candil dado en los infiernos, y al cual asisten, presididos por la muerte, reyes con gregüescos de payasos, bufones con tiaras, y papas con miriñaques.

Si, como dice Cervantes, el hacer reír es de grandes ingenios, el hacer reír y llorar al mismo tiempo es un don excepcional que sólo ha concedido Dios a él y a Shakespeare, los dos grandes pensadores más humorísticos del mundo.

Y dejo este asunto, sólo indicado por mí, para que el señor Menéndez Pelayo acabe de decirnos con su profundo saber lo que es humorismo, esa alegría unas veces enternecedora y otras siniestra; esa espada de dos filos que lo mismo mata a los hombres que a las instituciones; ese gran ridículo que convierte en polichinelas a los héroes mirándolos desde la altura del supremo desprecio de las cosas.

VI

Pero me he distraído y veo que para unas producciones tan homeopáticas como estas mías, el lector dirá con razón que he escrito una dedicatoria muy pretenciosa y demasiado larga. Por eso, arrepentido de ser tan hablador, concluyo diciendo que, aceptando la definición que da el diccionario de la lengua castellana de la palabra frase, diciendo -«que es una locución enérgica con que se significa más de lo que se expresa»- insisto en creer que las poesías de forma condensada son más apreciables por la dificultad de tener que decir en ellas más de lo que se expresa. El trascendentalismo en el arte consiste en estas vistas a lo infinito que entreabren las frases cortas de algunos autores de arranques proféticos. No me puedo consolar del tiempo que pierden algunos lectores devorando a autores insustanciales que, al ocuparse en lo particular, jamás dejan entre renglones sobreentendido lo general.

Pero mi guerra declarada al género ampuloso y superficial veo que me vuelve a distraer, haciéndome gárrulo, machacón y acaso injusto.

El arte en general, y la poesía en particular, ganan en intensidad lo que pierden en extensión.

Suprimid algunas frases inspiradas de la historia, y las guerras de la antigua Grecia quedarán reducidas a unos pequeños altercados, de patanes de lugar, y la revolución francesa a una orgía de caníbales.

El ingenioso escritor don Felipe Picatoste ha escrito un libro, tan ameno como profundo, sobre las frases célebres, y en él ha probado de una manera evidente que es una tendencia del espíritu humano la de ir condensando los pensamientos, desde los poemas hasta los refranes y desde los refranes hasta las frases.

No hay nada sublime que no sea breve. Cuando se acabe el mundo, ¿qué quedará de nuestras agitaciones, deseos, esperanzas, ambiciones y temores? Nada, o casi nada. De todas nuestras habladurías sólo quedarán cuatro frases célebres, hasta que algún Homero sideral, señalando con el dedo el vacío que deje el mundo en el espacio, reduzca las cuatro expresiones que flotarán sobre el lugar del planeta extinto, a una sola frase parecida a ésta: «¡allí fue Troya!»

- I -

La niña es la mujer que
respetamos
y la mujer la niña que engañamos.

- II -

Según creen los amantes
las flores valen más que los diamantes.
Mas ven que al extinguirse los amores,
valen más los diamantes que las flores.

- III -

Al pintarte el amor que por ti
siento,
suelo mentir, pero no se que miento.

- IV -

Te sueles confesar con tu
conciencia,
y te absuelve después sin penitencia.

- V -

Algún día, a pesar de tus
encantos,
te matará otro a ti cual tú me matas,
que, en materia de ingratos y de ingratas,
venimos a salir tantas a tantos.

- VI -

Ser fiel, siempre que
quieres, es tu lema.
Pero tú ¿quieres siempre? He aquí el problema.

- VII -

Aunque el amor suele morir

de hartura,
lo que nunca se hastía es la ternura.

- VIII -

No te ablandes oyendo sus
acentos,
que el diablo en ocasiones
acalora los buenos sentimientos
para hacer cometer malas acciones.

- IX -

Aunque tú por modestia no lo
creas,
las flores en tu sien parecen feas.

- X -

Todo en amor es triste,
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.

- XI -

Hay quien pasa la vida
en ese eterno juego
de hacer caer a la mujer, y luego
rehabilitar a la mujer caída.

- XII -

Te vas a confesar, y el cura
dice
que a ti, en vez de absolverte, te bendice. [180]

- XIII -

Si la codicia de pedir es mucha,
el hombre reza, pero Dios no escucha.

- XIV -

El amor es un himno permanente

que, después que enmudece el que lo canta,
otra nueva garganta
lo vuelve a repetir eternamente.

- XV -

Miré... pero no he visto en
parte alguna
ir del brazo la dicha y la fortuna.

- XVI -

Cual todas, tú pretendes,
como Elena,
ser amada por bella y no por buena.

- XVII -

Ese ilustre mortal lleno de
hastío,
era pobre al nacer, mas, rico ahora,
mirando a su palacio, siente frío,
cuando se acuerda de su choza, llora!

- XVIII -

Te vi una sola vez, pero mi
mente
te estará contemplando eternamente.

- XIX -

Purifica el olor de la opulencia
cuando huele a tomillo la indigencia,

- XX -

Tengo, Amalia, un secreto
aquí escondido
que me hará enloquecer:
escúchale... más cerca... así... al oído...
-«Aunque soy ya tan viejo, has de saber...»

- XXI -

Es tu historia en mi vida
entremezclada
una sombra, en la sombra, condensada.

- XXII -

Cuando oigo tus acentos
se vuelven mis ideas sentimientos.

- XXIII -

Te casaste y... ¿lo ves? Ya te
decía
que no iguala al afán con que se ansía
la dicha que se alcanza.
Por ardiente que sea la esperanza,
al convertirla en realidad es fría.

- XXIV -

Si no quieres tu paz ver
alterada,
cree mucho en Dios, y en las mujeres nada.

- XXV -

¿Por qué amé aquella
pórfida? Lo ignoro.
La esperanza es infiel y yo la adoro.

- XXVI -

¡Bella estación! Todo a gozar
convida
del placer sin medida...
-Mas, ¿qué es eso que vuela?
Una hoja que cae, y nos revela
la nada de las cosas de la vida.

- XXVII -

Al decirte hoy adiós,

Hortensia mía,
permite a mi amistad que te declare
que, como el hijo de Sión, decía:
«de mí me olvide yo, si te olvidare.»

- XXVIII -

La música es el cielo prometido.
Cuando un pintor retrata a un elegido,
lo envuelve en nubes de oro,
y lo pinta subiendo embebecido
oyendo de los ángeles el coro.

- XXIX -

Mas que cuestión de suelo,
es la mujer una cuestión de cielo.

- XXX -

Vive, niña, advertida
que el que ama tiene cerca la locura,
y que acaba muy pronto con la vida
la fuerza de una idea en calentura.

- XXXI -

¡Qué formas de belleza soberana
modela Dios en la escultura humana!

- XXXII -

No puedo ver con ánimo sereno
Borjas, cual tú, tan puras y apacibles;
pues juzgo, como hay Dios, menos temibles
las Borjas del puñal y del veneno.

- XXXIII -

Resígnate a morir, viejo amor
mío.
No se hace atrás un río,
ni vuelve a ser presente lo pasado. [181]
Y no hay nada más frío

que el cráter de un volcán, si está apagado.

- XXXIV -

Es la fea graciosa
mil veces más terrible que una hermosa.

- XXXV -

Se matan los humanos
en implacable guerra
por la gloria de ser, en mar y en tierra,
devorados por peces y gusanos.

- XXXVI -

Se asombra con muchísima
inocencia
de cosas que aprendió por experiencia.

- XXXVII -

Como todo es igual, siempre he
tenido
un pesar verdadero
por el tiempo precioso que he perdido,
por no haber conocido
que el que ve un corazón ve el mundo entero.

- XXXVIII -

¡Belén! para el amor no hay
imposibles.
Lo mismo que las palmas
a veces nuestras almas
se encarnan a distancias increíbles.

- XXXIX -

Te morías por él, pero es lo
cierto
que pasó tiempo y tiempo, y no te has muerto.

- XL -

La desgracia es precisa
para grabar los hechos de la historia.
O se escribe con sangre nuestra gloria,
o la borra al pasar cualquiera brisa.

- XLI -

Ya no leo ni escribo más
historia
que ver a mi niñez con mi memoria.

- XLII -

No insultes el pudor en mi
presencia
porque sabes reír con inocencia;
porque sino mi intrépida mirada
te dejará clavada
en la trémula cruz de tu conciencia.

- XLIII -

Bien merezco, Mariana, la
fortuna
de escribir en este álbum el primero,
porque sin duda alguna
soy el que más y el que mejor te quiero.

- XLIV -

A todo ser creado
le gusta, como a Dios, ser muy amado.

- XLV -

Procura hacer, para apoyar
la frente,
un blando cabezal de la conciencia.
Para poder dormir tranquilamente
no hay un opio mejor que la inocencia.

- XLVI -

Sé firme en esperar, que de
este modo
algo le llega al que lo espera todo.

- XLVII -

El amor a los niños y a las
flores,
son amores tan dignos de los cielos
que son tal vez los únicos amores
que nunca dan a los amantes celos.

- XLVIII -

Al campo voy como a mi hogar
primero,
pues, al ir desde el valle hasta el otero,
de distancia en distancia
el olor a tomillo y a romero
me recuerdan las dichas de mi infancia.

- XLIX -

Le eres fiel, mas ya cuenta
cierta historia
que entre él y tú se acuesta otra memoria.

- L -

¡Necio soy! Con inútiles
medidas
te quise sorprender, mas tú eres de esas
que para ser de pronto sorprendidas
se preparan con tiempo las sorpresas.

- LI -

Poniéndose y quitándose
alfileres
hacen sitios de Troya las mujeres.

- LII -

Los mortales son siempre
los mortales.
Y en el mar y en la tierra, cerca o lejos,
los juegos de los niños son iguales,
como lo son los sueños de los viejos.

- LIII -

Se jura amar una existencia
entera,
y en un día no más se ama y se olvida. [182]
Y ¿cómo remediarlo? Así es la vida,
y jamás ha de ser de otra manera.

- LIV -

¡Igualdad y miseria! Como
todo,
cuando Dios creo el sol, ¿lo hizo de lodo?

- LV -

Egoísta y falaz, siempre he
creído
que el velo te pondrás de desposada
tan pura como el día en que has nacido,
mas pura con el alma desflorada.

- LVI -

Conocerás, lector, por tu
conciencia,
que allí donde hay amor, no hay inocencia.

- LVII -

Deja que mi ternura
te cuente mis amores,
porque soy, cuando miro tu hermosura,
un árbol carcomido que echa flores.

- LVIII -

¿Qué es de tu amor? -No
sé. Le di mi mano
a aquel objeto de las ansias mías,
pero a los pocos días
dejé de ser mi esposo, y pasó a hermano.

- LIX -

Se oye a los seres que nos
son queridos
poniendo hasta en los ojos los oídos.

- LX -

Háblame más... y más...
que tus acentos
me saquen de este abismo;
el día en que no salga de mí mismo
se me van a comer los pensamientos.

- LXI -

La amé el año pasado,
y ya hace un siglo, o dos, que la he olvidado.

- LXII -

Aunque te admiro tanto,
perdona, Clara Lengo,
sí, temiendo afligirte, no te canto,
porque, a la edad que tengo,
lo que empieza en canción, acaba en llanto.

- LXIII -

En lo ideal mecida,
el llamarte a las cosas de la vida
es inútil empeño,
para ti el despertar, o estar dormida,
es dejar el delirio por el sueño.

- LXIV -

Sé que al morir para

alcanzar la gloria
limpió su corazón de tu memoria.

- LXV -

Alegría y tristeza
suelen ser un error de perspectiva,
sobre todo al juntarse en la cabeza
con los sueños de abajo los de arriba.

- LXVI -

Hay quien es, aunque
alegre y casquivana,
por cálculo más casta que Diana.

- LXVII -

Ten siempre con un manto
velados tus encantos pudorosos,
porque, en cosas de encantos misteriosos,
perdido ya el misterio ¡adiós encanto!

- LXVIII -

Conforme el hombre avanza
de la vida en el áspero camino,
lleva siempre a su lado la esperanza,
mas tiene siempre enfrente a su destino.

- LXIX -

Ya sé, ya sé, que con formal
empeño
soñaste en resistir, pero fue un sueño. [183]

- LXX -

Renovando mis tiernas
emociones,
me han probado tus quince primaveras
que son nuestras postreras ilusiones
iguales en frescura a las primeras.

- LXXI -

Como oye hablar del hecho
hasta el abuso,
llama un cura al amor el vicio al uso.

- LXXII -

Preguntas ¿qué es amor? Es
un deseo
en parte terrenal y en parte santo:
lo que no sé expresar cuando te canto:
lo que yo se sentir cuando te veo.

- LXXIII -

Al dar este abanico aire al
semblante
tal vez pueda templar, Eugenia mía,
esa alma delirante
que no tuvo en la vida un solo amante
ni vivió sin amar un solo día.

- LXXIV -

Jamás mujer alguna
ha salido del todo de la cuna.

- LXXV -

Recibe, hermosa Gloria,
este retrato mío.
Tú has dejado en mi vida una memoria
más blanca que la estela de un navío.

- LXXVI -

¿Qué placer hay tras el amor
primero?
La devoción, que es nuestro amor postrero.

- LXXVII -

Busca en todo rivales tu
mirada;
y recuerdan tus celos
un marino en el mar con sus gemelos
que siempre está mirando, y no ve nada.

- LXXVIII -

La amo poco, es verdad. Mi
alma rendida,
¿a quién dirás que adora?
A la muerte, la sola poseedora
de todos los descansos de la vida.

- LXXIX -

El amor que más quiere,
como no viva en la abstinencia, muere.

- LXXX -

La conciencia, al final de
nuestra vida,
sólo es un laberinto sin salida.

- LXXXI -

Deja que miren mi vejez cansada
esos ojos risueños,
pues echa, sin quererlo, tu mirada
un revoque al palacio de mis sueños.

- LXXXII -

Aunque es la infiel más
pecadora que Eva,
no se preocupa de ello;
pues cree que ha de ir al cielo porque lleva
la Virgen del Pilar colgada al cuello,

- LXXXIII -

Las almas muy sinceras,
confundiendo mentiras y verdades

después que hacen de sueños realidades,
elevan realidades a quimeras.

- LXXXIV -

Ayer le enajenabas con tu
acento;
pero hoy ya le constipas con tu aliento.

- LXXXV -

La gloria vale poco ante la
historia,
pero ¿vale algo más lo que no es gloria?

- LXXXVI -

Le dieron una flor, y ahora
nos cuenta
que su alma enamorada
tan solo se alimenta
del olor de una rosa disecada.

- LXXXVII -

Me suelo preguntar de dudas
lleno:
-¿Son mejores los buenos, o los justos?
Y la elección va en gustos;
yo doy todos los justos por un bueno.

- LXXXVIII -

Sabiendo mi virtud ¿por qué
te extraña
que me encuentre, a mi edad, alegre y sano?
De remiendo en remiendo una cabaña
vive más que Pompeya y Herculano. [184]

- LXXXIX -

En cuanto a castidad todo la
espanta;
ve un espejo y se oculta la garganta.

- XC -

Teme a las ilusiones;
que es peor la ilusión que las pasiones.

- XCI -

¡Sufre! ¡Sufre! ¡Traidora
que abomino!
Tu vida al lado de él, es un camino
que conduce al infierno.
¡Ya ves que muchas veces el destino
adelanta los juicios del Eterno!

- XCII -

Las Gracias fueron tres sin
duda alguna:
pero, desde hoy, el que lo diga, miente.
Las gracias eran tres antiguamente:
después que ésta nació ya no hay más que una.

- XCIII -

Tiene este abanico el don
de dar al viento ligero
todo acento de pasión,
por eso oculto un «te quiero»
que siento en mi corazón.

- XCIV -

Una sola mirada, si no es
pura,
en mujer a una niña transfigura.

- XCV -

Mártir en lo pasado, ya
inclemente
aspira a ser verdugo en lo presente.

- XCVI -

¡Falsa! Al hablarme, una
ilación extraña
me trae a la memoria
que a mí sólo me engaña
cuando me dice la verdad, la historia.

- XCVII -

¡Ay! Como el cielo te ha
dado
gracia, juventud y amor,
cuando te veo a mi lado
parece que Dios ya ha echado
sobre mi tumba una flor.

- XCVIII -

Tal vez hallar consiga
a mis grandes errores un consuelo,
viendo que, a veces, por bondad del cielo,
el rayo que va a un rey, da en una hormiga.

- XCIX -

He amado a esa mujer de tal
manera,
que no me volví loco, porque lo era.

- C -

¡Qué bien has aprendido en
tu provecho,
que ser mala es un cálculo mal hecho!

- CI -

¿Es sueño, o realidad, lo
que he vivido?
No lo sé; pues, yo que hablo, no estoy cierto,
si al juzgarme despierto, estoy dormido,
o al creerme dormido estoy despierto.

- CII -

Siempre es para vosotras

peligroso
un ánimo aguerrido
y un uniforme hermoso.
El fausto militar ¡sexo precioso!
siempre ha sido y será tu prometido.

- CIII -

Yo suelo con tu nombre,

niña hermosa,
por más que el curso de mi edad avanza
hacer mi alma dichosa.
¡Sabe tan bien el pan de la Esperanza
que ya no me alimento de otra cosa! [185]

- CIV -

Tus ojos, con que el alma

nos sondeas,
son dos soles que alumbran con ideas.

- CV -

En novelas de amor el

sentimiento
tiende a empezar por el final del cuento.

- CVI -

No le gusta el placer sin

violencia;
y por eso ya cree la desgraciada
que ni es pasión, ni es nada,
el amor que no turba la conciencia.

- CVII -

Tan grande es tu virtud

que estoy seguro
que es verdad lo que dicen muchas gentes
que a fuerza de ser puro

se mueren con tu aliento las serpientes.

- CVIII -

Aspiré a verte un día,
pero después de verte
como dijo Jesús, Dolores mía,
«mi alma quedó triste hasta la muerte.»

- CIX -

Feliz si en tu semblante
aun ve tu esposo
la materia en estado luminoso!

- CX -

¿Por qué se olvidaría la
escritura
de hablarnos de los tristes por hartura?

- CXI -

Al darme la postrera
despedida,
me lanzó una mirada
que en el pecho clavada
la llevé todo el resto de mi vida.

- CXII -

¡Es un sueño de amor su
triste historia!
Nació; fue amable, candorosa y bella.
Amó; reinó; murió; se abrió la gloria,
entró, y el cielo se cerró tras ella.

- CXIII -

Lleva el bien del palacio
a la cabaña
cual la inmortal Santa Isabel de Hungría;
y, puesta en los altares, algún día
la llamarán Santa Isabel de España.

- CXIV -

Hay seres con el alma más
pesada
que el barro vil sobre que va encarnada.

- CXV -

Te sobra corazón, y,
siempre amante,
aplicas a otras cosas el sobrante.

- CXVI -

Dejando al tiempo que ande,
y viviendo en un éxtasis risueño,
como decía Calderón el Grande
voy tomando la vida como un sueño.

- CXVII -

No hay mujer que no sea,
al huir de algún hombre, Galatea.

- CXVIII -

Merced a tus encantos
sobrehumanos
no pueden retratarte los pintores
porque, al ver de tu cara los primores,
el pincel se les cae de las manos.

- CXIX -

Odiando el matrimonio,
¿te casas? Pues mejor para el demonio.

- CXX -

Cuanta es mayor por ti mi
idolatría,
tanto más admirarte necesito,

pues halla al contemplarte el alma mía
cuando escucha tu acento, la alegría;
cuando mira a tus ojos, lo infinito.

- CXXI -

Quise un día pintarte en
mi embeleso,
Blanca, este fuego que en mis venas arde,
mas callé, porque vi que para eso
o yo nací muy pronto, o tú muy tarde.

- CXXII -

Con tal que yo lo crea,
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

- CXXIII -

No llores y hazte cargo
que esa prenda querida
al dejar esta vida
pasó de un sueño corto a un sueño largo.

- CXXIV -

¡Dichoso ser! ¡Muere con
el consuelo
de pensar que morir es ir al cielo! [186]

- CXXV -

¿Pues no quiere que crea
que vio en Valencia una hortelana fea?

- CXXVI -

Ahora que a hablar de
su virtud comienza,
yo me cubro el semblante,
porque me da vergüenza
de pensar lo que pienso en este instante.

- CXXVII -

Nos da la Iglesia el
inmortal consuelo
de que el bueno al morir nace en el cielo.

- CXXVIII -

Convirtiendo en virtud la
hipocresía,
y ajustando las leyes a su gusto,
como muchos fanáticos de hoy día
para ser más bribón finge ser justo.

- CXXIX -

Mientras de unirme a ti
se acerca el día,
tu amor recuerdo y tu virtud imito,
tu virtud que era inmensa, madre mía,
y tu amor maternal que era infinito.

- CXXX -

La que ama un ideal, y
sube... y sube...
suele morir ahorcada de una nube.

- CXXXI -

Pues que tanto te admira
el saber de los viejos,
voy a darte el mejor de los consejos:
cree sólo esta verdad: «Todo es mentira.»

- CXXXII -

Para él la simetría es la
belleza,
aunque corte a las cosas la cabeza.

- CXXXIII -

Odia esa ciencia material

que enseña
que el que muere es feliz, duerme y no sueña.

- CXXXIV -

No olvides que a Dios plugo
curar con un deseo otro deseo.
Mata el verdugo al reo,
y al verdugo después otro verdugo.

- CXXXV -

Es ni fe tan cumplida
que adoro a Dios, aunque me dio la vida.

- CXXXVI -

El corazón hacia los veinte
abriles
suele creer con el más vivo anhelo
que es dueño universal de esos pensiles
cerrados por la bóveda del cielo.

- CXXXVII -

Odio a esa infiel; mas
durarán mis sañas
hasta el día feliz en que me llame,
pues cuando toca a ellas esa infame
siempre le abren las puertas mis entrañas.

- CXXXVIII -

Nunca tendrán utilidad
alguna,
sin el amor, la ciencia y la fortuna.

- CXXXIX -

Como te amaba tanto,
el curso se torció de mi destino;
pues iba para santo,
y después que te vi, perdí el camino.

- CXL -

Una vieja muy fea, me decía:
«en cuanto a la virtud, creo en la mía.»

- CXLI -

Yo creo al contemplarte
tan hermosa
que hasta serias en Atenas diosa.

- CXLII -

Toda cosa es nacida
para tener un trágico destino;
y girar y girar en remolino
en torno del sepulcro: ésta es la vida.

- CXLIII -

Como los quieras
complacer a tantos
a millares tendrás los desencantos.

- CXLIV -

¡Cuántas horas felices y
tranquilas
pasara de ti enfrente,
el que pueda vivir eternamente
asomado al balcón de tus pupilas!

- CXLV -

Mientras ya me dan pena
el oro y los diamantes,
envidio esos instantes
en que van, agachándose en la arena,
a coger caracoles dos amantes. [187]

- CXLVI -

¡Feliz, quien como un

canto del camino
se deja ir y venir por el destino!

- CXLVII -

Eres, Julia, tan bella,
que estoy cierto
que ve en tu rostro el que a tu lado pasa
el manantial que Agar vio en el desierto
cuando fue despedida de su casa.

- CXLVIII -

Toda mujer, en el amor
postrero,
se rebaja cada año un año entero.

- CXLIX -

Esa fue tan coqueta, tan
coqueta,
que era, excepto en matarse, una Julieta.

- CL -

No hay experiencia ni
saber que impida
el tener desengaños,
yo haré pronto cien años
y no he hecho más que errar toda mi vida.

- CLI -

Cual la hormiga, juntamos
el dinero,
y luego... esparce Dios el hormiguero.

- CLII -

De la mujer, cual tú,
que nada espera,
amando a falta de hombres, cualquier cosa,
como el ave simbólica y famosa

el corazón arde en su propia hoguera.

- CLIII -

Si en amar soy prudente
es porque, escarmentado,
para obrar con cordura en lo presente,
tengo puesto un oído en lo pasado.

- CLIV -

Es buena, pues se
duerme como un leño
y al irse la virtud se lleva el sueño.

- CLV -

Fue causa de mis
muchos desencantos,
una asceta instruida,
que aprendió por las vidas de los santos
las cosas menos santas de la vida.

- CLVI -

¡Quién de su pecho
desterrar pudiera
la duda, nuestra eterna compañera!

- CLVII -

Tu amor ardiente y tierno,
es tan puro además, que será eterno.

- CLVIII -

Sólo la edad me explica
con certeza
por qué un alma constante, cual la mía,
escuchando una idéntica armonía
de lo mismo que hoy saca la tristeza,
sacaba en otro tiempo la alegría.

- CLIX -

Prohíbeles tu amor con
tus desdenes.
Sin frutos prohibidos no hay Edenes.

- CLX -

¡Pensando en los
adioses de aquel día,
en llanto me deshago!
¡No puede describirte el alma mía
los cien siglos de horror de un día aciago!

- CLXI -

Que no pidas, Manuela, te
suplico
a mi edad madrigales ni consejos,
porque sé que detrás del abanico
os burláis las mujeres de los viejos. [188]

- CLXII -

Vas cambiando de amor
todos los años,
mas no cambias jamás de desengaños.

- CLXIII -

Si a comprender aspiras
la ciencia de las puras realidades,
hallarás que de todas las verdades
la mitad por lo menos son mentiras.

- CLXIV -

Pinchando a sus rivales,
te escribe con la espada madrigales.

- CLXV -

Nunca me hallo sin fausto
ni dinero,

porque veo en la sombra lo que quiero.

- CLXVI -

Esa mujer tan bella,
fue por mí tan querida
que alguna vez, para morir por ella,
tan sólo me faltó perder la vida.

- CLXVII -

El pobre está seguro que
su perro
ha de formar su séquito en su entierro.

- CLXVIII -

Aún tengo confianza
de que Dios me dará la fe perdida.
¡Bien haya el que ha inventado la esperanza
que es la muerte el principio de otra vida!

- CLXIX -

Contra esa infiel que
con rubor se aleja,
porque un día mató mis esperanzas,
tome la más atroz de las venganzas
dejándola morir de fea y vieja.

- CLXX -

Voy sembrando
esperanzas por los vientos
y recojo después remordimientos.

- CLXXI -

Si aunque tierna y vivaz
aun eres pura,
no olvides el consejo que te ofrece
esta eterna verdad de la escritura:
«Todo el que ama el peligro en él perece.»

- CLXXII -

Cuando halla algún
buen mozo que le agrada,
¡qué bien se suele hacer la deslumbrada!

- CLXXIII -

Yo sé quien, de una
dicha que no alcanza,
va bebiendo en tus ojos la esperanza.

- CLXXIV -

Pocas veces te vi, pero no
olvido
que yo te amé como no amó Macías,
y que fue la pasión que te he tenido
un amor inmortal de cuatro días.

- CLXXV -

Por no ser natural hace,
cuando ama,
de cada paso de comedia un drama.

- CLXXVI -

Cual tú, Mendes Leal,
busqué afanado
una gloria fingida,
para saber al fin, desengañado,
que no hay más dicha que ésta en nuestra vida:
nacer, vivir, amar, ser olvidado.

- CLXXVII -

Al mostrar a esta niña
encantadora,
suele decir su madre embebecida:
«Aquí tenéis la Aurora
de los días más bellos de mi vida.»

- CLXXVIII -

Si te casas, Inés, ten por
seguro
que todo novio es un traidor futuro.

- CLXXIX -

Ya, al pretender ser tierno,
sale del pecho mío
un aliento más frío
que, una ráfaga de aire del invierno.

- CLXXX -

La cuna y el altar son dos
moradas
donde viven las madres prosternadas.

- CLXXXI -

De esa antigua coqueta la
hermosura
las ganas me quitó de hacerme cura.

- CLXXXII -

A todo va la inmensidad
unida;
si entre el ser y no ser media un instante [189]
tiene el punto presente de la vida
un infinito atrás y otro delante.

- CLXXXIII -

A ti, ducha en amor, ya te
da risa
una loca de atar como Eloísa.

- CLXXXIV -

¡Oh, Isabel! ¡Cuántas
veces a hurtadillas
a través de estas pórpidas varillas,

con tus pupilas de ternura llenas
a algún hombre feliz, de ti adorado,
lo mirarás apenas,
por temor de mirarle demasiado!

- CLXXXV -

Tanto aumenta la gloria su
estatura,
que a ese genio gigante
le llamarán el grande allá en la altura
Shakespeare, Ariosto, Calderón y Dante.

- CLXXXVI -

Aunque ve que la
engañan con frecuencia,
no se quiere curar de su inocencia.

- CLXXXVII -

El que sufre, lo mismo
que el que adora,
creen que todo en el mundo, o quiere, o llora.

- CLXXXVIII -

Desde que te ha sufrido,
ya no me extraña tanto
que como Job el santo
maldiga el hombre el día en que ha nacido.

- CLXXXIX -

No rechaces tus sueños, hija
mía;
sin la ilusión, el mundo ¿qué sería?

- CXC -

En su primera confesión a
Pura
ya no le dio la absolución el cura.

- CXCI -

Ya sabes que aunque tanto
te he querido
cuando eras una pobre verdadera,
después que fuiste altiva y heredera
te honré con un desprecio merecido.

- CXCII -

Para una inclusa Si, al
pasar el umbral de la existencia,
ves que no encuentras a tu madre allí,
bendiciendo la causa de su ausencia,
llama a esta puerta y la hallarás aquí.

- CXCIII -

Siempre vuela mi mente
a buscar el Edén de tus amores,
como constantemente
se vuelven hacia el sol algunas flores.

- CXCIV -

¿Quién puede ser
dichoso ni en la gloria
si allí existe del mundo la memoria?

- CXCV -

Las niñas más juiciosas
y más puras,
al llegar la razón hacen locuras.

- CXCVI -

Te advierto, ángel caído,
que ya has perdido en la opinión las alas,
y que el olor de santidad que exhalas
ya sólo lo percibe tu marido.

- CXCVII -

¿Me quieres? le
pregunta, y ya la esposa
dice sí, mas pensando en otra cosa.

- CXCVIII -

Cayó; y al mes siguiente
ya era un frío deber su amor ardiente.

- CXCIX -

Aunque huir de ella intento,
no sé lo que me pasa,
porque yo voy donde me lleva el viento,
y el viento siempre sopla hacia su casa.

- CC -

Agita tu abanico muy aprisa
y verás como el céfiro ligero
te cuenta muchas veces, María Luisa,
lo mucho, pero mucho, que te quiero.

- CCI -

No pretendas mi cantar
Isabella-Roma oír.
¿Por qué quieres ver llorar
hoy que te toca reír? [190]

- CCII -

¡Es la esencia mejor de la
belleza
el olor sin olor de la limpieza!

- CCIII -

Canta el aire, en sus
trovas misteriosas,
las penas y alegrías de las cosas.

- CCIV -

Sé padre, que era un topo,
la juzgaba inocente todavía,
cuando yo averigüé que ya entendía
la moral de las fábulas de Esopo.

- CCV -

Por ser tan instruida
ya entre ella y su niñez media una vida.

- CCVI -

Ama con furia y odia con tal
ira,
que clava sus ideas cuando mira.

- CCVII -

A esa ética feliz, la va
matando
la fiebre que ha cogido
durmiendo horas enteras, y soñando
a la sombra del árbol prohibido.

- CVIII -

¡Oh! ¡Qué cosas tan
tiernas te diría,
al contarte, Enriqueta, mis pesares,
si esta alma, que es tan tuya como mía,
estuviese en la edad en que tenía
el ardor del cantar de los cantares!

- CCIX -

Espero con gran fe, Pepita
bella,
que el hombre fiel que ha de llamarte esposa,

haciéndote dichosa,
en ti desmentirá la frase aquella
de -«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

- CCX -

En cuanto al bien y al
mal nada hay lejano;
todo se halla al alcance de la mano.

- CCXI -

No escribo versos aquí
porque mi nombre recuerdes,
sino para que te acuerdes
que yo me acuerdo de ti.

- CCXII -

Sensible, débil,
religiosa y vana,
eres en todo una verdad humana.

- CCXIII -

Cierra el joyero, Inés,
ponte una rosa,
que una bella está bien con cualquier cosa.

- CCXIV -

Al decirte hoy adiós,
Hortensia mía,
permite a mi amistad que te declare
que como el hijo de Sión decía:
«de mí me olvide yo si te olvidare.»

- CCXV -

En materia de flores y de
amores,
estoy por los amores y las flores.

- CCXVI -

Teme más al ardor de sus
sentidos
y a su propia bondad, que a diez bandidos.

- CXVII -

La vida es un bostezo
continuado,
pues al rico y al pobre, a juicio mío,
les hace bostezar, según su estado,
pobres el hambre y ricos el hastío.

- CCXVIII -

Yo sé quien, de una
dicha que no alcanza
va bebiendo en tus ojos la esperanza. [191]

- CCXIX -

Su gracia de ángel
pasará a la historia,
pues al ver de su risa los fulgores,
la copian encantados los pintores
para hacer las rompientes de la gloria.

- CCXX -

A mis ruegos el céfiro sonoro
contándote estará toda tu vida
lo que dijo un autor a su querida:
«¡Maldito sea yo si no te adoro!»

- CCXXI -

Tu comercio de amor
naturalista
no gira más que letras a la vista.

- CCXXII -

¡Ay! ¡Como el cielo te ha
dado
gracia, juventud y amor,
cuando te veo a mi lado
parece que Dios ya ha echado
sobre mi tumba una flor!

- CCXXIII -

Cuánta diablura te diría,
cuánta,
si tú, en vez de mujer, no fueses santa!

- CCXXIV -

Me atrae tanto el cielo
que extraño alguna vez como no vuelo.

- CCXXV -

Por burlarse tal vez de
lo que es santo,
creo que fue el demonio
quien llamó al matrimonio
la noble institución del desencanto.

- CCXXVI -

En guerra y en amor es lo
primero
el dinero, el dinero y el dinero.

- CCXXVII -

Te vi una sola vez, pero
mi mente
te estará contemplando eternamente.

- CCXXVIII -

Al verte aborrecida,
notarás, recordando cierta cosa,
que a todas nuestras faltas en la vida

las liga una cadena misteriosa.

- CCXXIX -

De una mujer como
Virginia, honrada,
lo mejor que hay que hablar es no hablar nada.

- CCXXX -

Imita a aquella nueva
Galatea,
pues, al ver que algún hombre la subyuga,
para no ser vencida, siempre emplea
la gran estratagema de la fuga.

- CCXXXI -

Los padres son tan buenos
que hasta el menos iluso
anhela para yerno un noble ruso,
o un príncipe italiano por lo menos.

- CCXXXII -

La mujer cuando
olvida es que aun aprecia.
El hombre que perdona es que desprecia.

- CCXXXIII -

Nuestra alma ve de
admiración suspensa
que el campo todo al Creador inciensa,
y juzga con encanto verdadero
que es una orquesta inmensa
la gran palpitación del mundo entero.

- CCXXXIV -

Tan grande fue, que
ante él todo es pequeño,
«un delito el nacer», «la vida un sueño.»

- CCXXXV -

No temas de mi amor nada
imprudente;
sólo se ama a las santas santamente.

- CCXXXVI -

Si como el héroe de la
Mancha, antaño
realice por tu amor grandes hazañas,
hoy sentado a la sombra de un castaño,
pensando mucho en ti, como castañas.

- CCXXXVII -

Se casó ayer, y hoy ya
por cualquier cosa
apuesta la cabeza de su esposa.

- CCXXXVIII -

Es tan casta, que ignora de
seguro
que hay algo de hez en el amor más puro.

- CCXXXIX -

Después que nos han hecho
viejos la edad y tristes la experiencia,
llevamos dos infiernos en el pecho,
que son el corazón y la conciencia.

- CCXL -

En mí, cada mirada que me
lanzas
se deshace en millones de esperanzas, [192]

- CCXLI -

Los terremotos
1

Si esperamos en Dios

con alma honrada,
premiará nuestra fe su providencia.
¿Qué es el temblor de nuestro globo? Nada,
al lado del temblor de la conciencia.

- CCXLII -

2

Colma nuestros deseos,
librando a nuestra patria, ¡cielo santo!
de estos días de espanto
en que rezan a solas los ateos.

- CCXLIII -

3

Aunque el hombre se aterra
al ver temblar bajo sus pies el suelo,
¿quién sabe si en el cielo
será ordenar el trastornar la tierra?

- CCXLIV -

4

Conmueve de placer
nuestras entrañas,
el ver que, consolando ajenos males,
va la piedad, desde las casas reales
a barrer la miseria a las cabañas.

- CCXLV -

5

-¿Qué haremos, cuando el cielo
casas y templos con fragor derriba?
-¿Qué haremos, preguntáis, almas de hielo?
¡Tener fe en la justicia de allá arriba!

- CCXLVI -

6

Debe el bueno sentir

que tiembla el suelo
como el justo de Horacio con firmeza,
y ver también que se desploma el cielo
sin inclinar siquiera la cabeza.

- CCXLVII -

7

¡Nadie sabe, mortales,

por qué cuarteando el globo nos castiga
ese gran Dios para quien son iguales
los destinos del hombre y de la hormiga!

- CCXLVIII -

8

Cuando se abre la tierra

estremecida,
el bueno reza, se resigna y muere,
que es el único sabio en esta vida
el que sabe querer lo que Dios quiere.

- CCXLIX -

¿Oyes, Concha, los céfiros

alados
que agita tu abanico en derredor?
Pues son todos suspiros o recados
que te manda al oído.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

